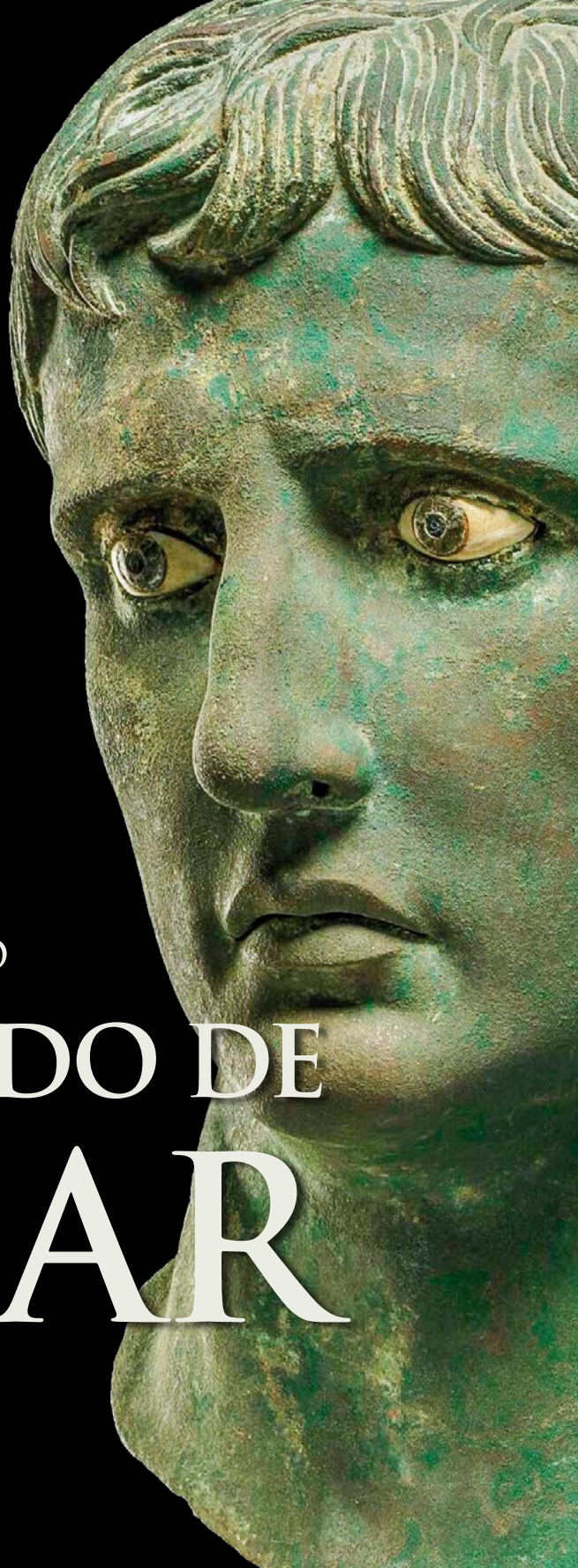
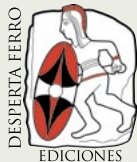


LA GUERRA
CIVIL Y EL
SURGIMIENTO
DEL IMPERIO
ROMANO



JOSIAH OSGOOD

EL LEGADO DE
CÉSAR



EL LEGADO DE CÉSAR

DESPERTA FERRO



EDICIONES

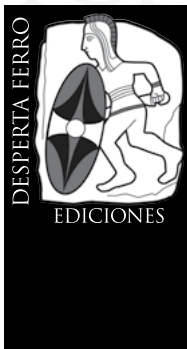
EL LEGADO DE CÉSAR

LA GUERRA CIVIL Y EL SURGIMIENTO
DEL IMPERIO ROMANO

Josiah Osgood

DESPERTA FERRO

EDICIONES



El legado de César. La guerra civil y el surgimiento del Imperio romano
Osgood, Josiah
El legado de César / Osgood, Josiah [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023. – 584 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D.L.: M-329-2023
ISBN: 978-84-124964-7-5
94(450) “-0044/-0031”
070.447(093.3) 355.422

EL LEGADO DE CÉSAR

La guerra civil y el surgimiento del Imperio romano

Josiah Osgood

Título original:

Caesar's Legacy. Civil war and the Emergence of the Roman Empire
First published by Cambridge University Press

© 2006 by Josiah Osgood
ISBN: 978-0-521-67177-4

© de esta edición:
El legado de César. La guerra civil y el surgimiento del Imperio romano
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124964-7-5
D.L.: M-329-2023

Revisión técnica: Alberto Pérez Rubio
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Traducción: Jorge García Cardiel

Primera edición: febrero 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

<i>El legado de César</i>	VII
Agradecimientos	IX
Introducción	XIII
1. Un estadista entre soldados	1
2. Combates por la libertad	73
3. Confiscaciones de tierras	133
4. ¿De la discordia a la armonía?	189
5. La lucha por la supervivencia	253
6. La nueva nobleza	317
7. El sentido de compromiso	375
8. El consenso nacido del caos	445
Anexo	517
Bibliografía	519
Índice analítico	549

EL LEGADO DE CÉSAR

En abril del 44 a. C., un Cayo Octavio de dieciocho años desembarcó en Italia y emprendió la conquista del mundo romano. Tras derrotar sucesivamente a los asesinos de César, al hijo de Pompeyo el Grande y, finalmente, a Antonio y a la reina egipcia Cleopatra, desmanteló la vieja República, asumió el nuevo nombre de Augusto y gobernó durante cuarenta años más junto a su esposa Livia, una mujer tan excepcional como él. *El legado de César* relata la fascinante historia del ascenso al poder de Augusto, centrándose en el modo en el que las sangrientas guerras civiles desatadas por él y sus soldados transformaron las vidas de los millones de hombres y mujeres que habitaban en el mundo mediterráneo o incluso más allá de este. Durante las convulsiones del periodo, los ciudadanos de Roma y los provinciales terminaron por aceptar la nueva forma de gobierno e incluso encontraron diversas maneras de celebrarla. Pero sus lamentos por las pérdidas sufridas durante los largos años de lucha también permearon en las grandes obras literarias del momento y en las historias que contaron a sus hijos.

JOSIAH OSGOOD es Assistant Professor de Clásicas en la Universidad de Georgetown, donde imparte docencia de Historia de Roma y Literatura latina. Cursó su doctorado en la Universidad de Yale, y su tesis fue galardonada con el premio John Addison Porter al mejor ensayo académico. Este fue su primer libro.

AGRADECIMIENTOS

Debo (y lo hago con gusto) dar las gracias a las numerosas personas que durante los últimos años me han ayudado con la redacción de *El legado de César*.

Le estoy agradecido en especial a los miembros, antiguos y actuales, del Departamento de Clásicas de Yale. Susanna Morton Braund, directora de la tesis a partir de la que se gestó este libro, me ofreció sus sabios consejos sobre la estructura del trabajo y los textos analizados, al tiempo que me brindó absoluta libertad para desarrollar mis propias ideas. La confianza que deposita en todos sus alumnos fue para mí una inmensa fuente de motivación, sobre todo mientras batallaba por integrar en mi texto los diferentes tipos de materiales de los que se nutre.

La perspectiva más amplia que terminé por adoptar se la debo en esencia a la inspiración de tres de mis profesores. A través de toda una serie de seminarios, John Matthews me abrió los ojos sobre los distintos tipos de fuentes de los que disponemos para reconstruir la historia de Roma, y sobre algunos de los métodos más eficaces a la hora de abordarlas. La energía que John ha consagrado a nuestra disciplina en Yale ha galvanizado mi propio trabajo. El entusiasmo y la delicadeza con los que Ann Hanson aborda sus diversos temas de estudio también han constituido para mí un ejemplo a seguir. Tanto en el aula como en sus publicaciones, Ann me ha recordado constantemente la amplia diversidad de textos que conservamos de la Antigüedad, y la luz que pueden proyectar sobre los problemas históricos. Finalmente, tengo una deuda especial con Gordon Williams, quien tuvo a bien leerse varios borradores de mi tesis y me prodigó su siempre incisivo asesoramiento. No solo me he beneficiado de su estrecha familiaridad con la literatura y la historia augusteas, y con la sociedad romana en general, sino también de su interés por las conexiones entre las sociedades antiguas y modernas.

He aprendido mucho de otros miembros del departamento de Yale, como Thomas Cole, Veronika Grimm, J. J. Pollitt y Ellen Olien-sis. Ramsay MacMullen tuvo la generosidad de revisar y comentar dos de los capítulos de mi tesis.

La transformación de mi tesis doctoral en un libro me hizo contraer nuevas deudas de agradecimiento. La mayor de todas ellas se la reconozco a los dos evaluadores anónimos de Cambridge University Press, pues sus abundantes y valiosas sugerencias mejoraron mi manuscrito en grado sumo. Mi editor, Michael Sharp, extrajo de sus informes una provechosa lista de recomendaciones. Le estoy inmensamente agradecido a este último, y también a Tony Rainer, quien felizmente se encargó de editar el extenso manuscrito. También me gustaría darles las gracias a mis colegas de los departamentos de Clásicas y de Historia de la Universidad de Georgetown, Tommaso Astarita, Clive Foss, Cathy Keesling, Charlie McNelis, Vicki Pedrick y Alex Sens, por sus infatigables ánimos. Tommaso se leyó todo el manuscrito y me facilitó abundantes sugerencias de mejora. Mi ayudante de investigación Christopher Catherine verificó las referencias de varios de los capítulos.

Otros amigos y familiares me han proporcionado todo tipo de apoyo académico y logístico. Entre los primeros, permítaseme mencionar a Carla Lukas, Jay Williams, Brad Boyd, Flagg Youngblood, Caroline Quenemoen, Gerard Passannante, Maya Jasanoff y Kirk Swinehart. Con Kirk, en particular, compartí un sinfín de estimulantes conversaciones sobre la tarea del historiador. En cuanto a los segundos, desearía darles las gracias sobre todo a mis padres, Russell y Paola Osgood. Aunque especializado en el Renacimiento, David Karmon me acompañó con buen ánimo en mis expediciones al mausoleo de Munacio Planco y al hipogeo de los Volumnios, entre otros yacimientos, y me facilitó además valiosos consejos editoriales sobre la primera mitad del manuscrito.

Obtuve una generosa financiación de la Academia Americana en Roma, que me galardonó con la Beca Predoctoral Samuel H. Kress Foundation/Jesse Benedict Carter para el curso 2001/2002. Desde entonces, he continuado disfrutando de los excepcionales fondos bibliotecarios de la Academia, y en este sentido les estoy especialmente agradecido a Christina Huemer, Denise Gavio y a todo el personal de la institución. La Escuela de Posgrado de la Universidad de Georgetown me facilitó dos estancias estivales de investigación para que viajara a Roma y contribuyó a financiar los costes de las ilustraciones del libro.

Por su ayuda con la obtención de las fotografías y de los permisos pertinentes, quisiera dar las gracias a Humberto DeLuigi, David

Agradecimientos

Hagen, Lawrence Keppie, Diana Kleiner, Janet Larkin, Kellie Leydon, William Murray, Jeremy Ott, R. R. R. Smith, Elena Stolyarik, Luisa Veneziano y Magnus Wistrand.

Finalmente, admito la deuda que *El legado de César* tiene con las publicaciones de otros especialistas. Las notas a pie de página no pueden satisfacerla, sobre todo en lo referente a Ronald Syme, cuya Revolución romana, junto a sus demás libros y artículos, me proporcionaron incontables horas de aprendizaje y disfrute.

DESPERTA FERR



EDICIONES

INTRODUCCIÓN

Los años silenciados

De joven, el futuro emperador Claudio acometió la redacción de una crónica de la historia reciente de Roma, para la que tomó como punto de partida el asesinato de Julio César. Contó para ello con el respaldo inicial de Tito Livio, considerado por entonces el mejor historiador del momento. Otras personas de su entorno, en cambio, se mostraron mucho más reacias. La madre de Claudio, Antonia, y su abuela, Livia, criticaron una y otra vez el proyecto, a fin de que comprendiera que no podría escribir con tanta sinceridad como deseaba. Ante tales admoniciones, Claudio terminó plasmando en su versión final el asesinato y los momentos inmediatamente posteriores a este, pero optó por omitir todo lo sucedido en las guerras civiles subsiguientes, lo que arrojó sobre ellas un elocuente manto de silencio.¹ Este libro, en cierto sentido, pretende desentrañar los episodios sobre los que Claudio calló y las razones de su mutismo. Ante el lector, se sucederán las partidas de asesinos, las confiscaciones de tierras, las hambrunas, las campañas propagandísticas y, en fin, los agónicos dilemas que caracterizaron aquellos años.

Ahora bien, mi intención no es la de escribir una narración política como la que Claudio compuso. Al fin y al cabo, si el emperador ha sido una de mis principales fuentes de inspiración, también lo ha sido Virgilio, cuyas *Bucólicas* primera y novena ilustran el modo en el que las guerras civiles fustigaron las vidas de los itálicos de a pie durante los años silenciados por Claudio. Mi trabajo, por ende, pretende rescatar del olvido a los hombres y mujeres que combatieron y sufrieron las sangrientas luchas que asolaron el mundo romano durante el triunvirato de Marco Antonio, Octaviano y Lépido. Cuando se escribe sobre estos años, resulta tentador centrarse solo en las cuestiones institucionales y de alta política, y los libros consiguientes suelen terminar convertidos en deprimentes mamotretos. Pero la guerra civil alcanzó a toda la población. El caos que desató fue tan terrible, abrió tantas heridas y dio

tanto de qué hablar que una crónica del periodo puede, y debe, incluir las historias de las pequeñas aldeas y de la gente de la calle; de las mujeres, los esclavos y los niños; de los poetas y los intelectuales, los granjeros y los soldados, los tenderos y los adivinos. Y tiene, por supuesto, que recoger las distintas versiones existentes sobre los hechos.

Para su cautivador relato sobre el ascenso al poder de Octaviano (todavía hoy paradigmático), Ronald Syme se inspiró en otra crónica perdida, la historia de las guerras civiles compilada por el incisivo Asinio Polión. En *La revolución romana* (1939), el historiador oxoniense se valió de un «tono pesimista y truculento» para exponer de manera irrefutable cómo la antigua aristocracia gobernante romana fue arrumbada por un grupo de itálicos pueblerinos, entre los que sin duda destacó el primer emperador, Augusto.² Si el retrato que Syme esbozó de este «partido» resultó memorable, fue en parte gracias a la comparación implícita que planteó entre sus integrantes y los fascistas y nacionalsocialistas de la Europa de la década de 1930, y también por el singular don para la insinuación del que gozaba el propio autor, a la altura del mismísimo Tácito.³ Pero su libro apenas prestó atención a las vidas de quienes no pertenecían a dichas élites. Para Syme, «la historia romana, tanto la republicana como la imperial, es la historia de su clase dirigente».⁴

Además, pese al detalle con el que Syme diseccionó a esta «clase dirigente», su retrato tiene lagunas. Por ejemplo, sus protagonistas actúan siempre sin vacilar, guiados solo por su propio interés personal. Pero el desmoronamiento del Estado romano tras los idus obligó a estos individuos a tomar decisiones que rara vez fueron evidentes en sí mismas. En este libro me detengo, asimismo, en estas disyuntivas, por mucho que pertenezcan a la susodicha «clase gobernante». Y no solo lo hago porque necesitan un análisis más matizado del que por lo general han recibido, sino también porque en ocasiones permiten entrever los problemas que afectaron a toda la población. Además, argumentaré que el punto de no retorno en el ascenso al poder de Octaviano fue, precisamente, su decisión de no actuar solo en su propio beneficio, sino también escuchando las necesidades de los hombres y mujeres de Roma, Italia y las provincias. La opinión pública, al fin y al cabo, tenía su importancia.



Mi propio relato del periodo triunviral, por consiguiente, se ceñirá más a la crónica de las *Guerras civiles* que conservamos del historiador griego

Apiano de Alejandría, quien trató, al menos en ocasiones, de examinar las repercusiones que las guerras civiles tuvieron entre los itálicos o, de una forma más excepcional, entre la sociedad provincial en su conjunto. Y es que las batallas libradas durante la época triunviral desataron la clase de guerra total que precipita cambios sociales ajenos a las circunstancias políticas que la provocaron. De hecho, el historiador Arthur Marwick identificó cuatro rasgos comunes a todo este tipo de contiendas, todos los cuales son de aplicación al periodo que estudiamos.⁵

Para empezar, hablamos de una guerra que provocó destrucciones y disrupciones masivas. Miles y miles de personas perdieron la vida en los campos de batalla y en las purgas políticas y amplias zonas de Italia y las provincias fueron confiscadas y repobladas con soldados veteranos. En segundo lugar, la contienda puso en jaque a las instituciones sociales y, en algunos casos, las reformó. Las mujeres itálicas, por ejemplo, quedaron sujetas a tributación, una medida sin apenas precedentes en la historia romana, y los provinciales hubieron de hacer frente a nuevos y fuertes gravámenes, al tiempo que aprendían a comunicar sus inquietudes a los triunviros en lugar de al Senado o a sus gobernadores. El pasaje en el que el geógrafo Estrabón narra cómo unos pescadores de la pequeña isla egea de Giaros despacharon una embajada ante Octaviano (y no ante el Senado) en el 29 a. C. para solicitarle una exención fiscal nos habla de una nueva manera de hacer las cosas que perduraría en la época imperial.⁶ En tercer lugar, se trató de un conflicto que requirió el reclutamiento de una parte significativa de la población romana. A fin de cuentas, se estima que, durante la campaña de Filipos, un veinticinco por ciento de los ciudadanos varones de entre diecisiete y cuarenta y seis años servían en alguno de los ejércitos triunvirales. La guerra también fue suya, no solo de sus generales, y sus demandas, la percepción de su propia importancia colectiva y el tiempo que pasaron congregados terminó modulando la historia de aquellos años.⁷ Y, en cuarto lugar, la conflagración dejó tras de sí una huella psicológica brutal. Sus horrores marcaron los recuerdos de toda una generación, incluidos sus poetas, artistas y pensadores.

Siguiendo a Asinio Polión, Syme eligió el año 60 a. C. como punto de partida de *La revolución romana*. En opinión de ambos historiadores, el último acto de la caída de la República romana comenzó con el llamado Primer Triunvirato de Pompeyo, César y Craso (repárese en que el suyo fue un pacto informal que nunca llegó a convertirse en acuerdo institucional oficial, como sí sucedió con el Segundo Triunvirato). Yo, en cambio, me circunscribiré a grandes rasgos a los años que Claudio al parecer eludió en su crónica: 43-29 a. C.⁸ A menudo, este periodo entre

la dictadura de César y el nuevo principado de Augusto se ha considerado transicional, por lo que tiende a perderse entre las crónicas de la República y las del Imperio. Sin embargo, estos «años silenciados» componen una época en sí misma. Una época «confusa, caótica, atroz», caracterizada por una forma de gobierno radicalmente nueva, el triunvirato.⁹ Este régimen, tan autocrático como lo había sido antes el de César, fue también terriblemente inestable, pues sus miembros no lograron compartir el poder durante mucho tiempo y se enzarzaron en una lucha de la que solo uno de ellos, Octaviano, emergió al final hacia el poder supremo. La vida llegó a ser tan calamitosa durante esta autocracia, según denuncian nuestras fuentes, que la gente de la época comenzó a recordar la dictadura de César como una auténtica edad de oro.¹⁰ Los ensayos modernos rara vez han conseguido plasmar cómo fueron aquellos años para los hombres y mujeres que los presenciaron, pero esa es la meta que me he marcado en este trabajo y no la de promover una teoría más o menos novedosa sobre la caída de la República.¹¹ En este sentido, un capítulo preliminar ayudará al lector a sumergirse en el caos de aquel periodo mediante el relato de los (en comparación) apacibles meses que mediaron entre los idus y la ratificación del triunvirato en noviembre del 43 a. C.

Para recrear la dimensión emocional de la guerra civil, he tenido que valerme, sobre todo, de la poesía y la prosa contemporáneas. Este periodo convulso dio lugar a varias de las obras más célebres de la literatura latina, todas las cuales nacieron mediatizadas por la contienda y más que dispuestas a confrontarla de las maneras más creativas. Sus autores, por cierto, no eran oriundos de la ciudad de Roma (ni, en su mayor parte, pertenecían a la élite dirigente), sino que procedían de los lugares más dispares de Italia: el exuberante y fértil valle del Po, por ejemplo, o las suaves colinas de la Apulia, la Umbría con sus ciudades encastilladas y la patria de los sabinos. Por extraño que parezca, todos estos escritos nunca han sido tratados como un corpus en sí mismo, pues la historiografía ha tendido a agrupar los textos en prosa con las producciones previas de la llamada Era de Cicerón, y los versos con los poemas posteriores de la Era de Augusto, en lugar de, como ya en su momento defendió Syme, pensar en una literatura del Periodo Triunviral que agrupara las obras creadas entre el 43 a. C. (año de la muerte de Cicerón) y el 28 a. C. (el año previo al que Octaviano asumió el nombre de Augusto).¹² Además de los primeros poemas de Virgilio, en este bloque habría que incluir las crónicas de Salustio, los Epodos y las *Sátiras* de Horacio, los primeros poemas de amor de Propertio, las biografías de Cornelio Nepote, las últimas obras del polímata Varrón y, quizá, un poema de maldición anónimo.¹³

La consideración de una literatura del Periodo Triunviral manifiesta algunos temas candentes en la historia de esos quince años, como la indignación por las carreras meteóricas de los arribistas sociales, por poner por caso, o el miedo a que los varones de Roma estuvieran perdiendo su hombría. Más en general, su frecuente tono sombrío (en el que, ante todo, se trasluce la idea de que los problemas de Roma podrían ser irresolubles) contrasta a menudo con el pesimismo más sutil de las producciones tardorrepblicanas. La literatura triunviral está repleta de expectativas defraudadas y de esfuerzos vanos. Sus protagonistas, enfangados en escenas de «sometimiento, frustración y despropósito», pertenecen a lo que Northrop Frye denominó el «modo irónico» de la literatura. Una y otra vez deben lidiar con dioses furiosos o sencillamente ausentes, con asesinos absurdos y con un mundo que amenaza con entrar en barrena.¹⁴

Y, sin embargo, pese a todo ese pesimismo, mi secuencia de textos manifiesta una deriva paralela a la situación que se estaba desarrollando en Italia. Así como la literatura más temprana tiende a dar testimonio de las pérdidas humanas provocadas por los desacuerdos entre los triunviros, en los textos más recientes resuenan ya algunas notas de la victoria que la mayor parte de Italia, e incluso algunos provinciales, compartieron con Octaviano, al tiempo que comienzan a desaparecer las voces de Antonio y sus partidarios. Los derrotados tienden a describir un mundo gobernado por una Fortuna caprichosa y sobrecohedora, que por su parte los vencedores tratan de exorcizar con proclamas, o incluso promesas, de una nueva estabilidad. De hecho, fue en el periodo triunviral, y no en la Edad de Augusto, cuando los poetas (así como los escultores y los arquitectos) comenzaron a forjar la nueva estética imperial. A la altura del 28 a. C., se habían levantado en Roma gigantescos templos de un deslumbrante mármol blanco diseñados en el emergente orden corintio para celebrar la victoria de Octaviano, las copias de su retrato se habían diseminado por toda Italia y las ciudades provinciales orientales habían instituido cultos en su honor.¹⁵

Ahora bien, la literatura no es solo un reflejo de las experiencias vividas, sino que también ayuda a las personas a plasmar su percepción de los acontecimientos históricos. La literatura contemporánea, por tanto, permite identificar algunos de los patrones que los romanos que vivieron de primera mano el periodo triunviral utilizaron para organizar sus propias experiencias. No se trata de un corpus proclive a las grandes narrativas, sino más bien a las visiones personales.¹⁶ De ahí que haya incluido en mi estudio tanto material de este tipo. Las fuentes posteriores también nos transmiten una gran cantidad de anécdotas que demuestran hasta qué punto la me-

moria de aquellos años se preservó de manera palpable, lo que alimentó a no tardar un sinfín de mitos. Es por todo ello que, a la hora de abordar una guerra de tanta resonancia literaria y una sociedad que encontró en la literatura creativa su principal forma de conmemoración, mi tercera fuente de inspiración fue el libro de Paul Fussell, *La Gran Guerra y la memoria moderna* (edición original en inglés de 1975), en el que los horrores de las trincheras se manifiestan de una forma sobrecogedora mediante el examen «de algunas de las obras literarias que los recordaron, los normalizaron y los mitificaron». ¹⁷ Por ello, además de preguntarme cómo trataron los autores romanos de comprender la guerra civil a través de la literatura y cómo intentaron compartir con su público su propia galería de los horrores, en ocasiones también reflexionaré sobre el papel que sus deliberaciones desempeñaron en el nuevo imperio de Augusto.



En todo caso, y debido, precisamente, a que la literatura latina incorporó tan solo algunas respuestas personales (y, en ocasiones, harto imaginativas) frente a la guerra civil, mi proyecto de ofrecer una panorámica completa del mundo romano en el periodo triunviral me obligará a recurrir a otros tres tipos de fuentes. En primer lugar, a fin de recoger otras perspectivas adicionales, he confrontado en mi trabajo los textos literarios alusivos a los acontecimientos en Italia con el registro material conservado: monedas, inscripciones públicas, epitafios y otros elementos de arte plástico. El análisis de las confiscaciones de tierras que siguieron a la batalla de Filipos, por ejemplo, se nutre de datos arqueológicos e históricos además de la *Bucólica Novena* de Virgilio para relatar cómo los habitantes de Mantua perdieron sus tierras de una forma inesperada y trágica. Puesto que el poema de Virgilio silencia la perspectiva asimismo importante de los soldados veteranos, he recurrido también a las monedas acuñadas para ellos y a los monumentos funerarios que los susodichos militares levantaron en sus nuevas granjas. Y aún podemos rescatar otro enfoque si atendemos al epitafio de uno de los comisionados agrarios, que aprovechó la inscripción para celebrar su rol en el proceso. La discusión sobre la Guerra de Perusia, por su parte, compara la visión de Propercio sobre su trascendencia con los mensajes inscritos en las glandes de plomo que los combatientes se arrojaron mutuamente durante el asedio. Asimismo, lo que sabemos de la estirpe del propio Propercio puede ponerse en relación con los datos conservados sobre la familia de un enclave vecino, los Volumnios, cuya

tumba nos transmite una historia análoga. Y, en la misma línea, se han contrastado los relatos literarios sobre las proscripciones con una gran inscripción privada que nos traslada el testimonio directo de uno de los supervivientes. Esta última evidencia, como es lógico, resulta de un valor inestimable para todo historiador interesado en comprender el impacto que el gobierno de los triunviros pudo tener sobre los habitantes de Italia.

Al centrarse en los (tornadizos) miembros del «partido» de Augusto, Syme restringió de forma deliberada el espacio consagrado en su *Revolución romana* a los «asuntos provinciales».¹⁸ Aunque comprensible, esta omisión ha contribuido a perpetuar un sesgo en los posteriores estudios sobre la cultura del periodo triunviral y el principado de Augusto, pues estos se centraron, de este modo, en la ciudad de Roma y en la península itálica.¹⁹ Sin embargo, como Octaviano bien sabía, para entonces el Imperio romano abarcaba mucho más que Italia. Desde Siria a Hispania, los hombres y mujeres de toda condición se vieron afectados por el gobierno de los triunviros. Los combates librados por doquier y las oleadas de colonos despachados a ultramar convirtieron las guerras civiles romanas en un acontecimiento trascendental en la historia del Mediterráneo. Por ende, y dado que la literatura latina apenas menciona los sucesos acaecidos en las provincias romanas, hemos de recurrir por fuerza a otro tipo de fuentes, cuyo volumen, además, nunca cesa de aumentar. Me refiero a toda una serie de inscripciones, monedas, monumentos y textos literarios, procedentes en su mayoría de la mitad oriental, grecohablante, del Imperio, que nos transmite nuevas historias sobre el periodo.

Así, por ejemplo, el ingente dossier de documentos administrativos publicados en el fastuoso complejo teatral de la ciudad de Afrodísias, en el sur de Asia Menor, ilustra el sufrimiento de la comunidad durante la guerra civil romana, y el subsiguiente intento de recuperar la prosperidad perdida mediante una embajada enviada a Roma poco después del cese de las hostilidades. Las inscripciones revelan que, pese a que los triunviros se esforzaban en recalcar ante los itálicos su respeto por la legalidad mediante el traslado al Senado de la petición de los afrodísios, estos últimos no veían impedimento en tratar directamente con el triunviro Octaviano. En aquellos momentos, su única preocupación era lograr una exención fiscal, el reconocimiento del derecho de asilo de su templo local y el reintegro de las propiedades de este sustraídas durante la guerra, que incluían una estatua de oro del dios del amor que, según creían los propios afrodísios, había sido trasladada al gran santuario de Artemisa en Éfeso. Por su parte, el monumento de Seleuco, un capitán naval sirio, ubicado en Rhodus, demuestra que, aunque Octaviano (y

Virgilio) presentó Accio ante la opinión pública de Occidente como un triunfo de los itálicos sobre los orientales, el triunviro hubo de contar con el respaldo de no pocos orientales para hacerse con la victoria y se prodigó en alabanzas con ellos. Para Seleuco, Accio no significó la derrota de la supuesta degeneración oriental, sino la oportunidad de mejorar su propia posición social. En la misma línea, cuando los escritores griegos que trabajaron en época augustea, como el geógrafo Estrabón y Nicolás de Damasco, mencionan su vida anterior, dejan entrever la percepción que los provinciales tuvieron de la guerra civil romana. Y no olvidemos que Flavio Josefo, aunque posterior, utilizó los escritos de Estrabón y de Nicolás para elaborar sus crónicas sobre Judea. Aunque, a menudo, las *Antigüedades judías* y *La guerra de los judíos* se han empleado solo para recabar datos no documentados en otros autores, ambas obras preservan un recuerdo vivo del modo en el que los sucesos del periodo triunviral afectaron a los habitantes de este confín del Imperio.



Pero todos estos datos serían imposibles de interpretar, al menos desde un punto de vista histórico, sin contar con un tercer tipo fundamental de fuentes, las obras de los principales historiadores grecorromanos. Las crónicas históricas constituían el método más obvio para consignar al recuerdo los sucesos del periodo triunviral y sabemos que algunos autores coetáneos se aprestaron a la tarea: el relato de las guerras civiles de Polión se extendió hasta la batalla de Filipos (y puede que incluso hasta momentos posteriores), Tito Livio relató en latín el devenir de los acontecimientos durante todo el periodo triunviral y Estrabón hizo otro tanto en griego.²⁰ Durante las generaciones siguientes, los historiadores como Claudio se hicieron eco de sus predecesores, y, a diferencia de lo que le ocurrió al emperador, parte de sus escritos terminaron publicándose. De todas estas crónicas, destacan tres de suma importancia, pues nos proporcionan un amplio contexto histórico en el que encuadrar los relatos más personales y, en ocasiones, contradictorios. Puesto que las *Vidas de Bruto y Antonio* de Plutarco, las *Guerras civiles* de Apiano y la *Historia romana* de Dion Casio se discutirán largo y tendido a lo largo de todo el libro, me limitaré aquí a dedicar unas breves palabras al tipo de información que estos autores nos transmiten y a la forma en la que la reelaboraron.

Las biografías plutarqueas de Bruto y Antonio pertenecen a la serie de *Vidas paralelas* que el escritor griego, gran apasionado de la filosofía,

compiló durante las primeras décadas del siglo II d. C.²¹ Plutarco organizó las *Vidas paralelas* por parejas, de modo que conectó a cada griego con un romano (por ejemplo, Alejandro Magno y Julio César), no tanto para señalar las diferencias entre las dos culturas, como para formular lecciones universales sobre la virtud y el vicio.²² Aunque la mayoría de sus protagonistas (incluido Bruto, un platónico como el propio Plutarco) encarnan las cualidades nobles, el propio biógrafo reconoció haber escrito sobre Antonio y sobre el griego con el que este se empareja para ilustrar «lo censurable y malo». Y es que las *Vidas* de Antonio y Bruto, con una bellísima redacción, pretenden explorar dilemas éticos, no históricos. Pese a todo, su valor para los historiadores es incuestionable, pues incorporan datos recogidos de fuentes de primera mano que de otro modo desconoceríamos. Por ejemplo, para la biografía de Bruto, Plutarco complementó sus lecturas de historiadores como Polión con los elogiosos testimonios redactados por el hijastro del magnicida, Bíbulo, por uno de sus compañeros de armas y por uno de sus mentores; y, para la *Vida* de Antonio, sabemos que consultó, entre otras fuentes, la crónica de la Guerra Parta redactada por uno de los oficiales de Antonio, Delio, y las memorias que escribió el médico de Cleopatra, Olimpo.²³

Unas pocas décadas después de que Plutarco redactara sus célebres biografías, Apiano, que había acudido a Roma para trabajar como abogado y que al parecer tiempo después terminó sirviendo en la administración del emperador Antonino Pío, escribió su crónica de Roma. Para condensar mil años de historia en solo veinticuatro libros, Apiano estructuró su obra dividiéndola según los pueblos conquistados por Roma (por ejemplo, el libro 3 trata de los samnitas). Aunque hemos perdido amplias porciones del conjunto, por fortuna conservamos las *Guerras civiles* (en origen, los libros 13-17), en las que el alejandrino relata las luchas que sostuvo Roma contra sí misma entre la época de los hermanos Graco y la victoria de Octaviano sobre Sexto Pompeyo en el 36 a. C.²⁴ (la no preservada historia de Egipto, en los libros 18-21, trataba el periodo siguiente hasta el año 30 a. C.). Aunque, por supuesto, Apiano hubo de basarse en los relatos previos, incluyendo de nuevo el de Polión, los reelaboró para subrayar las diferencias fundamentales existentes entre las guerras civiles y los demás conflictos arrojados por Roma, planteamiento este que dota al texto de un interés cardinal para quienes tratamos de comprender qué hubo de novedoso en el periodo triunviral.²⁵ Además, dado que escribía de un modo explícito sobre una guerra civil, Apiano no narró su historia desde el punto de vista de los vencedores (como hizo la mayor parte de la historiografía romana), sino

a partir de toda una amplia variedad de perspectivas.²⁶ De hecho, los discursos más elocuentes incluidos en la obra son, precisamente, los de los enemigos de los triunviros. A lo que hay que añadir que Apiano dedicó numerosos capítulos a las víctimas menos distinguidas de los tres gobernantes y destaca por dispensar a Antonio un trato mucho más equitativo que ninguna otra de nuestras fuentes, dependientes por lo general de la (distorsionada) versión de los acontecimientos planteada por los trece libros, hoy perdidos, de la *Autobiografía* de Octaviano.²⁷

Aunque más alejado en el tiempo de la era triunviral que Plutarco y Apiano, el historiador Dion Casio tuvo la ventaja de vivir durante otro periodo de guerras civiles, los turbulentos años finales de la dinastía Antonina y los que perduró la dinastía Severa.²⁸ Sabemos que fue en torno al año 200 d. C. cuando emprendió las investigaciones que le llevarían a redactar los ochenta y dos libros de su *Historia romana*, una crónica que abarcó desde la fundación de Roma, pasando por la caída de la República, hasta el 229 d. C., año en el que el historiador ejerció de cónsul con el emperador Alejandro Severo como colega. A diferencia de Apiano, sin embargo, Dion Casio adoptó un planteamiento analítico más tradicional, en virtud del cual relató los acontecimientos casi año a año para recrear cómo se había desarrollado a través de los siglos el sistema imperial (del que él mismo, recordemos, era un actor protagonista) y determinar qué era lo que había provocado los problemas recientes que lo afligían en su época. Aunque, para hacer más espléndida su narración, relató escenas de batallas sumamente improbables, y aunque su propia perspectiva sobre la naturaleza humana le impidió comprender cómo los actores históricos como Octaviano evolucionaron en el tiempo, Dion Casio preserva datos apreciables sobre las actuaciones administrativas del Senado, los triunviros y otras personalidades de primera línea. Además, las fuentes externas e independientes que en ocasiones conservamos, como las inscripciones o las monedas, prueban la veracidad de algunas de estas detalladas informaciones.²⁹

Pese a toda la riqueza de nuestras fuentes, sin embargo, debo concluir reconociendo sus limitaciones. Dije antes que las *Bucólicas* de Virgilio son una fuente de inspiración para el historiador de las guerras civiles; pues bien, su misma concepción nos impone de igual manera un reto. Aunque el lector pueda aprender de ellas algo sobre las confiscaciones de tierras que Claudio omitió en la versión final de sus crónicas, en última instancia el efecto general de los poemas no difiere tanto del de la historia incompleta del emperador. Leerlos es como avanzar dando traspies por la escena de un crimen sin saber con exactitud lo que ha ocurrido. Por

fortuna, la historia de las confiscaciones puede ser reconstruida, mas no sucede lo mismo con otras muchas cuyos protagonistas no tuvieron la suerte de poder hablar por sí mismos en la literatura de Roma y por lo general fueron expulsados de los libros de historia. Ni el investigador más concienzudo será capaz nunca de desenmarañar todo lo que sucedió durante los «años silenciados». Y ello no solo se debe a la consabida máxima de que son siempre los vencedores quienes escriben la historia; también depende de los recursos de los que se dispuso para conmemorar la guerra y en manos de quién quedaron. Pero lo que al final somos capaces de descubrir sobre la guerra civil romana asombra por su semejanza con las atrocidades propias de otras guerras más recientes y mejor documentadas. Las evidentes lagunas que todavía quedan en nuestros registros no hacen sino subrayar la contribución de las tecnologías modernas (y las perspectivas modernas de la historia) a la memoria de la guerra.³⁰

NOTAS

1. Suetonio, *Vidas de los doce césares*, Claudio 41. *Vid. infra*.
2. Syme, R., 1939, viii.
3. Repárese en especial en los títulos de los capítulos 5 y 24, «The Caesarian Party» [El partido cesariano] y «The Party of Augustus» [El partido de Augusto], pero también en los que evocan momentos específicos de la reciente historia europea, como por ejemplo el 9: «The First March on Rome» [La primera marcha sobre Roma].
4. Syme, R., *op. cit.*, 7. Los límites de la aproximación prosopográfica de Syme, ya señalados en la relevante reseña de A. Momigliano (1940), continúan discutiéndose en nuestros días, lo que da buena prueba de hasta qué punto *La revolución romana* marca todavía las investigaciones en nuestro campo. *Vid.*, por ejemplo, las colecciones de ensayos de Raaflaub, K. A. y Toher, M., 1990, Habinek, T. y Schiesaro, A., 1997 y Millar, F. y Giovannini, A., 2000. A pesar de ello, los especialistas siguen mostrándose más propensos a redactar trabajos que complementan o corrigen el de Syme (*vid.*, por ejemplo, el magistral ensayo de Brunt, P., 1988, 1-92) que a crear una nueva narrativa.
5. A. Marwick ha tratado el tema en varias de sus publicaciones. Para una breve síntesis, *vid.* Marwick, A., 1974, 11-14. En un breve pero sugerente artículo, Patterson, J., 1993 ya señala las ventajas de aplicar las categorías descriptivas de Marwick a las guerras civiles del siglo I a. C.
6. Estrabón 10.5.3.
7. El cálculo procede de Brunt, P., 1971, 509-512. *Vid.* también Brunt, P., 1988, 240-280. No obstante, las estimaciones de este sobre el tamaño de la población itálica durante la República tardía han sido consideradas excesivamente bajas: *vid. infra*, capítulo 1.

8. Suetonio afirma que *initium autem sumpsit historiae post caedem dictatoris, sed transiit ad inferiora tempora coepitque pace ciuili* [tomó como punto de partida para su historia la etapa que siguió al asesinato del dictador César; pero pasó a tiempos más recientes y empezó por la paz civil]; a lo que, a continuación, añade: *prioris materiae duo volumina posterioris unum et quadraginta reliquit* [dejó dos volúmenes de su primera historia y cuarenta y uno de la segunda] (*Claudio* 41.2). Bücheler, F., 1915-1930, 1, 455 cree que estos últimos cuarenta y un libros cubrieron los cuarenta y un años transcurridos entre el 27 a. C. y el 14 d. C. (en tanto que los dos primeros abordarían el periodo 44-43 a. C.). Ténganse también en cuenta los argumentos de Momigliano, A., 1934, 6, n. 14.
9. La cita es de Syme, R., *op. cit.*, 3, n. 2. Apiano, *Guerra Civil* 4.7 describe atinadamente el triunvirato como *καινή ἀρχή* [un nuevo comienzo].
10. Dion Casio, *Historia romana*, 47.15.4. Supuestamente, César ya había predicho este extremo: *vid.* Suetonio, *Vidas de los doce césares*, César 86.2.
11. Aunque estructurado como una narrativa política, el trabajo de Levi, M. A., 1933 destaca por su intento de lanzar una mirada compasiva al sentir popular de Italia durante el periodo triunviral. Las provincias, en cambio, apenas recibieron atención: *vid. infra*. Además, su augusto aparece demasiado idealizado.
12. Syme, R., 1964, 274-275. La propuesta se repite en Syme, R., 1978, 168-169 y 1986, 12. En cambio, la historia de la literatura latina que hoy consideramos paradigmática, la de Conte, G., 1994, contiene una parte II titulada «La República Tardía» (que finaliza con Salustio) y una parte III titulada «La Era de Augusto» (que comienza con las *Bucólicas* de Virgilio).
13. La fecha de todas estas obras, incluidas las *Imprecaciones*, se discutirá a medida que vayan mencionándose. El *Panegyricus Messallae* sería también triunviral si le asignamos una cronología del 31 a. C., pero algunos especialistas lo sitúan con posterioridad al 27 a. C. Repárese, asimismo, en que algunos de los poemas de Tibulo, las primeras odas de Horacio y parte de la primera péntada de Tito Livio pudieron componerse en este periodo, aunque no se publicarían hasta años después.
14. Frye, N., 1957 esboza brevemente su teoría de los modos en las páginas 33-35 y desarrolla sus tesis con más detalle en las páginas 35-67. Comprendí su gran relevancia tras leer a Fussell, P., 1975, sobre el que se hablará después.
15. Sobre la emergencia del orden corintio romano en el periodo triunviral, *vid.* Strong, D., 1963, 80. Sobre la retratística, *vid.*, de forma sucinta, Smith, R., 1996. Sobre los templos de Roma y Augusto en Oriente, *vid.* Dion Casio, *Historia romana*, 51.20.6-8 y Reinhold, M., 1988.
16. Para un reflexivo análisis sobre la relación entre poesía e historia, *vid.* Kermodé, F., 1990, 49-67.
17. Fussell, P., *op. cit.*, ix. Entre los demás trabajos que he manejado, he encontrado algunos sugerentes sobre el reflejo de las guerras en la literatura, *vid.* Bergonzi, B., 1965, Spence, J., 1981, Scarry, E., 1985, Fussell, P., 1989, Eksteins, M., 1989 y Lepore, J., 1998.

18. Syme, R., 1939, vii.
19. El sesgo fue señalado por Woolf, G., 2000, 122, n. 23. Sin embargo, los destacados trabajos de Millar (en especial Millar, F., 1984a y 1984b), así como el estudio fundamental de Bowersock, G., 1965 han tratado de calibrar el impacto de toda la «Revolución romana» en las provincias, en especial en Oriente.
20. De reunir las evidencias sobre la historia de Polión se encargó Peter, *HRR* 2, lxxxiii-lxxxvii y 67-70; para dos estudios recientes, con la bibliografía previa, *vid.* Morgan, L., 2000 y Woodman, A., 2003.
21. De entre la bibliografía reciente, los trabajos de C. Pelling han contribuido de forma sustancial a nuestra comprensión de las biografías romanas de Plutarco, atendiendo tanto a su dimensión literaria como a la historia de la República tardía y el período triunviral. Muchos de sus ensayos se han compilado en Pelling, C., 2002, aunque su comentario a la vida de Antonio (Pelling, C., 1988) representa asimismo una contribución fundamental para el estudio de la época triunviral. *Vid.* también Scardigli, B., 1979. En concreto sobre la biografía de Antonio, *vid.* igualmente los comentarios de Scuderi, R., 1984 y Brenk, F., 1992. Moles ha publicado varios trabajos valiosos sobre distintos aspectos de la *Vida de Bruto* y de la tradición posterior, de entre los que destacan Moles, J., 1983 y 1997.
22. Para una completa y reciente investigación sobre las biografías plutarqueas en el sentido expuesto, *vid.* Duff, T., 2000.
23. El empleo por parte de Plutarco de las *Historias* de Polión (o quizá de alguna fuente intermedia) se infiere en primer lugar de los frecuentes solapamientos con Apiano, indicio de que ambos comparten una misma fuente *histórica*; en segundo lugar, de la calidad de los datos que maneja Plutarco para los años posteriores al 60 a. C., el punto de partida de la crónica de Polión; y, por último, de las ocasionales referencias explícitas a Polión (por ejemplo, César 32.5, el cruce del Rubicón). Es posible que la obra de Polión se hubiera traducido al griego (*FGrH* 193). Para profundizar sobre todo este asunto, *vid.* Pelling, C., 1979, quien discute la bibliografía previa más importante, incluido Kornemann, E., 1896.
24. Sobre la sección de las *Guerras civiles* de Apiano dedicada al período triunviral, contamos con el espléndido análisis de Gowing, A., 1992a, cuya metodología se basa sobre todo en la comparación de Apiano con Dion Casio, aunque también, cuando es relevante, con otras fuentes. Otros estudios de interés sobre Apiano incluyen los de Levi, M. A., 1993, vol. 2, 214-237; Gabba, E., 1956; Hahn, I., 1982; Goldmann, B., 1988; Brodersen, K., 1993; Magnino, D., 1993; Hose, M., 1994; Famerie, E., 1998 y Bucher, G., 2000.
25. El uso que hace Apiano de Polión (o de una fuente intermedia) se infiere de sus frecuentes solapamientos con Plutarco al abordar los acontecimientos posteriores al 60 a. C., incluyendo aquellos en los que Plutarco depende claramente de Polión (por ejemplo, el cruce del Rubicón: *Guerras civiles* 2.35). Sin embargo, no está tan claro que Polión fuera la fuente principal de Apiano para *el conjunto* de las *Guerras civiles*, como defiende Gabba, E., *op. cit.* En particular, no

tenemos evidencias de peso que permitan afirmar que Polión, cuya crónica arranca en el 60 a. C., se hubiera retrotraído hasta el periodo de los Graco, como hace Apiano; ni tampoco tenemos pruebas de que continuara su relato más allá de Filipos, lo que hace que las fuentes del libro quinto de las *Guerras civiles* continúen siendo bastante inciertas. Al igual que otros especialistas como Gowing, A., 1992a, me inclino a pensar que las preocupaciones de las *Guerras civiles* eran las que inquietaban al propio Apiano.

26. Por supuesto, la mayoría de los relatos sobre la guerra civil no se plantearon de esta manera; la *Guerra civil* de Julio César es solo un ejemplo de ello.
27. Las principales evidencias sobre la obra *De vita sua* de Octaviano, dedicada a Mecenas y Agripa, se reúnen en Peter *HRR* 2, lxxi-lxxvi y 54-64; sobre este texto, *vid.* también Lewis, R., 1993, 669-689 y la bibliografía anterior citada en este último estudio, en especial Blumenthal, F., 1913-1914.
28. Además de Gowing, A., *op. cit.*, otros trabajos relevantes sobre Dion Casio incluyen los de Millar, F., 1964; Fadinger, V., 1969; Manuwald, B., 1979; Fechner, D., 1986; Rich, J., 1989; Reinhold, M. y Swan, P., 1990; Hose, M., *op. cit.* y Swan, P., 1997.
29. Por dar solo cuatro ejemplos: 1) Dion Casio, *Historia romana*, 47.18.5-6 refiere que, en el 42 a. C., el 12 de julio fue designado festivo en conmemoración del día en el que nació César (en realidad, el 13 de julio), y los *Fasti Amiternini* y los *Fasti Antiaties* señalan asimismo este día como *feriae*; 2) Dion Casio, *Historia romana*, 48.26.5 menciona e interpreta correctamente los títulos que Labieno asumió en el 40 a. C., *Imperator* y *Parthicus*, que aparecen también en las monedas que el propio Labieno acuñó (*RRC* 524); 3) Dion Casio, *Historia romana*, 48.34.1 informa de que en el 39 a. C. los triunviros consiguieron que el Senado ratificara todas sus actuaciones hasta la fecha, y uno de los documentos de Afrodisias (Reynolds, *Aphrodisias* n.º 8) demuestra que esto fue, en efecto, lo que sucedió; y, 4) Dion Casio, *Historia romana*, 49.39.1 relata que, puesto que Antonio renunció al consulado del 35 a. C. el 1 de enero de ese mismo año, algunos dieron al año el nombre de su sustituto, L. Sempronio Atratino; los *Fasti Magistrorum Vici* recogen para este año M. Anton[ius M. f], mientras que los *Fasti Venusini* se decantan por L. Sempronius.
30. Las traducciones de las fuentes clásicas que aparecen en este libro procederán, siempre que sea posible y en su mayoría, de las ediciones de la Biblioteca Clásica Gredos. Si no, se recogerá la edición consultada.

1

UN ESTADISTA ENTRE SOLDADOS

Cuando Marco Antonio dio un paso al frente para hablar durante el funeral de Julio César, sabía a la perfección que era el difunto, y no sus asesinos, quien concitaba las simpatías de la multitud.¹ Para entonces, el pueblo ya sabía que el dictador le había legado a la ciudad de Roma sus extensos jardines para la creación de un parque público, y una parte de su fortuna para cada ciudadano varón. Pese a todo, Antonio juzgó prudente abstenerse, al menos por el momento, de pronunciar palabras demasiado apasionadas. Lo más seguro es que comprendiera, como lo haría Shakespeare a su manera, que, de todos modos, la ironía actúa a menudo como la retórica más incendiaria. Por ello, arrancó leyendo una lista de los honores que en los últimos tiempos se habían votado a favor del dictador, e intercaló apenas unos pocos comentarios de su cosecha, para después pasar a recordar el juramento que los miembros del Senado habían pronunciado en el que se comprometían a proteger a César.²

Lo que siguió a continuación ofreció a los historiadores antiguos, más próximos a los dramaturgos que sus homólogos modernos, un material aún más atractivo.³ Antonio se aproximó entonces al féretro de marfil «como sobre un escenario», se inclinó brevemente sobre él y acto seguido se enderezó de nuevo para enumerar algunas de las hazañas de César. A medida que hablaba, sus ademanes se tornaron cada vez más frenéticos, pues agitaba las manos sobre la cabeza y vertía lágrimas por su amigo asesinado. Al final, se apropió del manto ensangrentado que todavía lucía el cadáver y, mientras lo sujetaba en la punta de una lanza, lo alzó a la vista de todos. En ese momento, el pueblo dejó de comportarse como mero espectador y se unió a Antonio en su lamento «como el coro de una tragedia». Aquel crimen había sido monstruoso: no en vano, muchos de los asesinos habían sido en el pasado partidarios de Pompeyo, y César, pese a ello, los había perdonado y les había encomendado ejércitos y puestos en el gobierno.⁴ Acompañados de cantos

fúnebres, unos mimos dotados de una funesta precisión recordaron un verso de una antigua tragedia romana: «¡Que haya yo salvado a estos hombres que habían de matarme!».⁵ La muchedumbre estaba ya próxima al estallido de violencia cuando alguien suspendió sobre el sarcófago de César una efigie de cera de este (hubiera sido demasiado difícil levantar el cadáver) y la hizo rotar mediante un artificio mecánico para que la concurrencia pudiera observar las veintitrés puñaladas que habían acabado con la vida del dictador.

Este macabro artificio fue la gota que colmó el vaso. Parte del gentío montó en cólera, incendió la sede del Senado y se dispersó en busca de los asesinos, que, para entonces, con buen juicio, ya se habían ocultado. En cambio, cuando uno de los agitadores comenzó a gritar que había visto a Cinna, pues confundió al poeta Helvio Cinna con el conspirador Cornelio Cinna, el furibundo gentío se lanzó sobre el literato y lo hizo pedazos.⁶ Al no encontrar a ninguno de los asesinos en sus casas, la turba trató de prenderles fuego también a estas y, a continuación, regresó junto al sarcófago de César. Enfervorecidos, sus integrantes decidieron prescindir de la pira que se había preparado al efecto en el Campo de Marte y en su lugar amontonaron sobre el sarcófago de marfil toda la madera que pudieron encontrar, incluido el mobiliario de las tiendas de las inmediaciones. Los miembros de la procesión funeraria añadieron sus ropas y, en el caso de los soldados, sus guirnaldas y condecoraciones militares: suficiente combustible, según refieren todas las fuentes, como para que la pira ardiera durante toda la noche. Antonio había conseguido prender la mecha que abrasaría Roma.

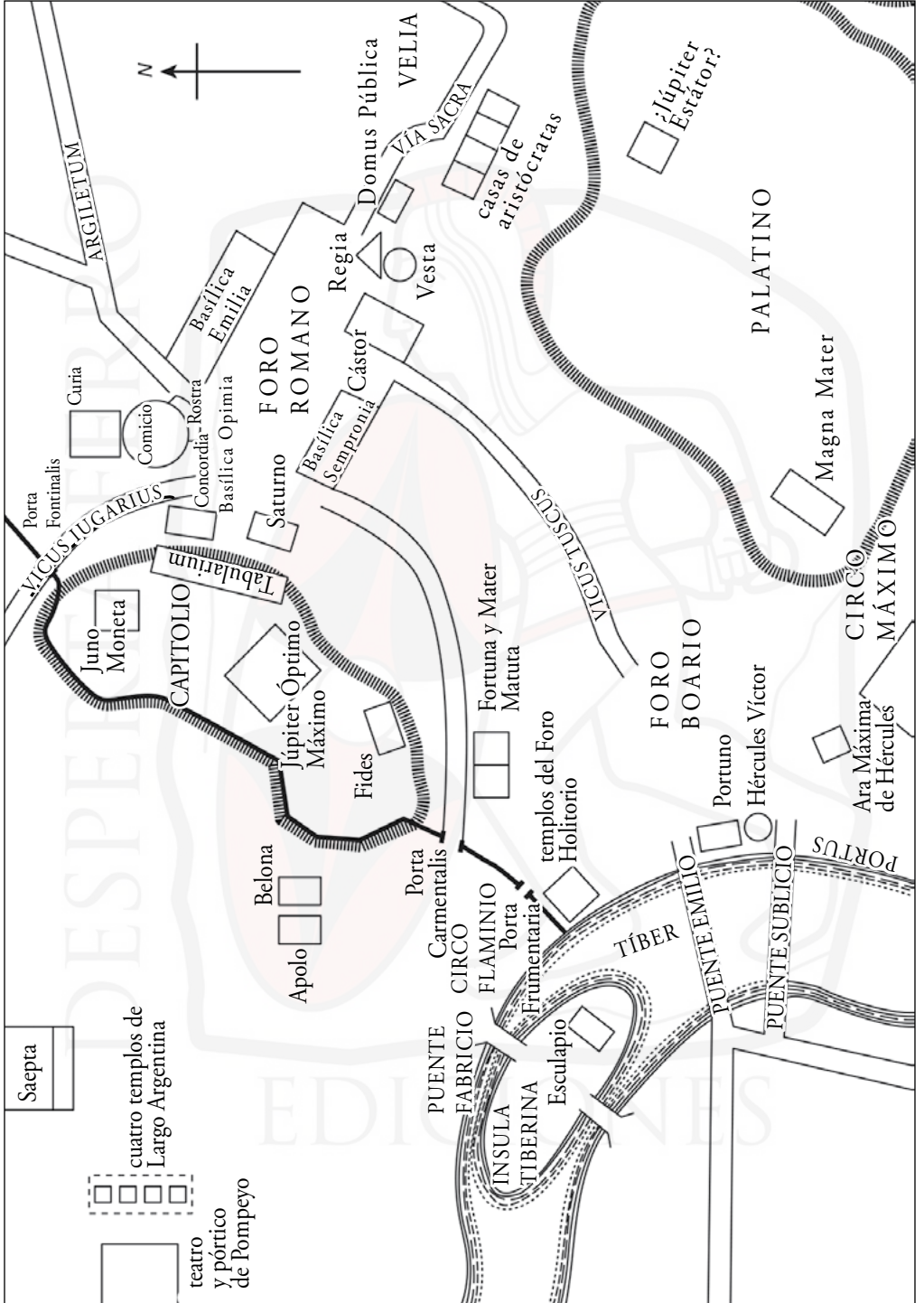
Los magnicidas (o, como ellos mismos se habían dado en llamar, los Libertadores) estaban en apuros. Sus problemas ya habían comenzado en los propios idus, cuando, en lugar de ser enaltecidos por sus pares como los salvadores de la patria, la mayoría de los senadores les había rehuido. Todo había ido a peor cuando el pueblo, convocado al efecto en el foro, tampoco les demostró un apoyo entusiasta. Y la situación llegó ya a un punto de difícil retorno cuando, en lugar de reanudar las sesiones del Senado y declarar tirano a César a título póstumo, como hubieran debido,⁷ se atrincheraron en el Capitolio y permitieron que Antonio tomara la iniciativa. Este no desaprovechó la oportunidad: convocó al Senado para el día 17, se entrevistó con Lépido (otro de los colaboradores de César, que en el ínterin había congregado una fuerza militar en el Foro) y se apoderó de los registros administrativos del dictador finado. Durante la siguiente sesión, Antonio impulsó un acuerdo de compromiso: los asesinos serían amnistiados, pero todas las

disposiciones de César se respetarían y se obsequiaría a este con un funeral público.⁸ Tal como supo pronosticar Ático, un amigo de Cicerón y uno de los más sagaces analistas políticos de Roma, esta última concesión implicó un golpe mortal para la causa de los Libertadores.⁹ Al fin y al cabo, ¿qué pudieron hacer las promesas senatoriales de amnistía para contener a la turba furibunda durante las semanas que siguieron al funeral? Es más, en el punto en el que César había sido cremado, un grupo de lugareños (incluidos algunos veteranos que por entonces se disponían a partir hacia una de las colonias que el dictador había fundado para ellos) levantó un altar, mantuvo encendida una llama e instituyó un culto al gobernante difunto. Los propios judíos de la ciudad se ofrecieron a actuar como vigilantes nocturnos del enclave.¹⁰ Aquella fue su forma de agradecer a César que les hubiera eximido de la regulación que vetaba las sociedades religiosas, así como todos los demás beneficios que el dictador había dispensado a las comunidades judías a lo largo y ancho del Mediterráneo.¹¹

Durante el mes que siguió a los idus, los conspiradores huyeron de Roma. También se evadió Cicerón, que en origen no había participado en el complot pero que desde el asesinato se había significado como el principal valedor de los magnicidas. Se separó de Ático el 7 de abril y, ese mismo día, unas horas después, inauguró lo que se convertiría en una correspondencia casi diaria que perduraría durante toda la primavera y los primeros momentos del verano. «Sea lo que sea, no solo grande, sino incluso pequeño, escríbemelo. Yo no haré ninguna interrupción».¹² El ruego de Cicerón da cuenta de la incertidumbre de los tiempos, que por lo demás impregna toda la carta. El antiguo cónsul, según le revela a Ático, se detuvo para pasar su primera noche fuera de la Urbe en la casa de uno de los amigos de César, Macio, quien le reveló que Roma estaba sentenciada: «La situación no puede remediarse; en efecto, si él, con ese talento, no encontraba salida, ¿quién la va a encontrar ahora?» (14.1.1). A lo que Macio prosiguió con una broma de mal gusto, al asegurar que los galos sometidos por César volverían a marchar sobre Roma, tal como habían hecho siglos antes, en la única ocasión de su historia en que la Urbe había sido saqueada.

Aunque a Cicerón no le hizo gracia aquel lóbrego vaticinio, su insistencia en burlarse de su anfitrión (bromea, por ejemplo, sobre su calvicie) deja entrever la dificultad del orador por banalizar aquellos comentarios. La situación, en efecto, era inquietante en extremo. Todo parecía apuntar a una reedición de la guerra que había estallado entre Pompeyo y César apenas cinco años antes. Aquel conflicto había

Un estadista entre soldados



comenzado cuando los miembros más conservadores del Senado, reuñentes a perder cotas de poder, habían adoptado a Pompeyo como su adalid y habían tratado de evitar que César enlazara su generalato sobre las Galias con un segundo consulado.¹³ Así pues, César, decidido a no quedarse sin cargos públicos, había invadido Italia cruzando el río Rubicón, lo que ocasionó el inicio de una guerra civil. Tras trasladarse con una velocidad de movimientos que se convertiría en proverbial, invadió la península itálica, derrotó a los lugartenientes de Pompeyo en Hispania, cruzó a Grecia en pos del propio Pompeyo, se apuntó una gran victoria en Farsalia y, a continuación, navegó hasta Egipto para despachar al derrotado líder republicano. No obstante, se le adelantó el traicionero monarca Ptolomeo XIII, un personaje mucho menos atractivo que su cautivadora hermana veinteañera, Cleopatra, a la que César instaló en el trono egipcio.

Tras la partida de César, la reina dio a luz a un niño. Entretanto, el supuesto padre, moviéndose con «velocidad cesariana» por Siria y Asia Menor, reorganizó la administración provincial romana y acto seguido viajó a África para dar cuenta de un grupúsculo de tenaces pompeyanos, tras lo cual fue nombrado dictador por un periodo de diez años. Aquel título, junto a los poderes que aparejaba (por ejemplo, el derecho a nombrar gobernadores provinciales) y la subsiguiente celebración en Roma de las victorias cesarianas (incluidas las logradas sobre otros ciudadanos romanos), evidenciaron que comenzaba a emerger un nuevo tipo de gobierno antitético a los principios de la República. Algo después, en el 45 a. C., César logró una victoria definitiva en Hispania contra las trece legiones que habían reunido allí dos de los hijos de Pompeyo. Sin embargo, uno de ellos, Sexto, logró escapar y emprendió una guerra de guerrillas contra los gobernadores cesarianos de Hispania. En cuanto a César, agasajado a su regreso con el todavía más alarmante título de «dictador vitalicio», no tardó en ser asesinado.¹⁴ Si los republicanos soñaban con reagruparse, las tropas de Sexto Pompeyo (por no mencionar su propio nombre) se adivinaban cruciales.

Ahora bien, si Sexto podía sustituir a su padre en una renovada pugna entre republicanos y cesarianos, ¿quién reemplazaría a César? O, para plantear la cuestión sin rodeos, ¿acaso planeaba Antonio ocupar su lugar? Tras abandonar la villa de Macio y llegar a la suya en Tusculum, en los montes Albanos, Cicerón le pidió a Ático, auténtico especialista en tareas como aquella, que le mantuviera al tanto del asunto, pues «te hueles las inclinaciones de Antonio».¹⁵ Tras lo que continúa: «Yo, desde luego, considero que piensa más en sus banquetes que en maquinare

cualquier mal» (14.3.2). El desaire revela una vez más la ligereza con la que Cicerón subestimaba a Antonio. Pero, incluso aunque hubiera estado en lo cierto, Roma, a ojos del propio orador, no dejaba de estar en serios problemas. Por mucho que Antonio hubiera abolido la dictadura, todas las medidas del dictador continuaban vigentes y los Libertadores habían sido expulsados de Roma. Y a la ecuación había que sumar que el pueblo de Roma y los veteranos se comportaban por entonces como elementos en extremo volátiles. Continuando su viaje hacia la costa campana, Cicerón escribió un día después: «La actividad está en ebullición. Pues, cuando Macio [...], ¿qué piensas de los demás? La verdad es que sufro porque (cosa que nunca ha sucedido en ninguna comunidad de ciudadanos) no se ha restablecido la república junto con la libertad» (14.4.1). Pese a todo, «aun cuando todo se acumule, me consuelan los idus de marzo» (14.4.2).

Cicerón comprendía con claridad la débil posición en la que se encontraban los Libertadores: «El resto de las cosas exige dinero y tropas, de las que no disponemos en absoluto» (14.4.2). Antonio, en cambio, no tendría dificultad en reclutar cuantos soldados y oficiales deseara entre los veteranos de César, la mayoría de los cuales, a diferencia de los asesinos, sentía todavía una singular lealtad por su difunto líder. «Ves a los magistrados, si es que aquellos son magistrados; ves, en todo caso, a los satélites del tirano al mando, ves sus ejércitos, ves los veteranos a nuestro flanco; cosas todas que son inflamables» (14.5.2). Cicerón envió esta alerta roja el 11 de abril desde Ástura. Pero, mientras el orador proseguía su tenaz avance por la campiña, en la Urbe nada parecía decidido. Eso es lo que resultó más desconcertante durante las semanas siguientes. La situación podía saltar por los aires en cualquier momento. En el cierre de su carta del 11 de abril, Cicerón entrevé por primera vez otro posible giro de los acontecimientos: «Pero quisiera saber cómo fue la llegada de Octavio, si hubo concurrencia a su encuentro, si alguna sospecha de “sublevación”. Verdaderamente, pienso que no, pero, no obstante, ansío saber algo» (14.5.3).

Estas últimas palabras, «pienso que no, pero, no obstante, ansío saber algo», parecen la divisa del periodo que acababa de comenzar, unos años de profunda incertidumbre y en los que, lo que es peor, las expectativas más realistas constantemente se veían defraudadas. Tal como el propio Cicerón afirmaría más de una vez, como también lo haría Ático, aquella fue de esas épocas en las que la suerte prevalece sobre la razón.¹⁶ Un escritor de ficción no hubiera pergeñado un final más sorprendente que el que estaban viviendo el autor de toda esta co-

rrespondencia y sus coetáneos. De hecho, todos ellos habían asistido ya a varios «finales»: el asesinato de César (interpretado como si se hubiera tratado de la representación de una tragedia: «¡Que haya yo salvado a estos hombres [...]!»), su funeral, el asesinato del «poeta Cinna» (que, de hecho, Shakespeare convirtió en una de las escenas más memorables de su *Julius Caesar*).¹⁷ Fueron todos estos giros de los acontecimientos, ingeniosos a su manera pero también satisfactorios porque daban la falsa impresión de una conclusión, los que convirtieron el malestar social en un tema (y un reto) literario. «¿Habrá alguien –se preguntaba un autor romano en relación con los meses posteriores a los idus– con un talento capaz de poner estas cosas por escrito de forma que parezcan hechos y no ficciones?».¹⁸

«Pienso que no, pero, no obstante, ansío saber algo». Dado cómo acabaron las cosas, es probable que Cicerón hubiera hecho bien en permanecer en la inopia.



La correspondencia de Cicerón ofrece sobre los acontecimientos posteriores a los idus una singular perspectiva personal sobre la que volveremos más tarde. Pero se trata, al fin y al cabo, del punto de vista de uno de los individuos que contribuyeron a modelar la situación política que se estaba viviendo. Ahora bien, ¿cuál era el estado de ánimo de los demás habitantes de la península itálica? Algunos (como la mayoría de la población de Roma y los veteranos de César) abominaron a los asesinos, otros (en especial en las ciudades) respaldaron la acción, y aún otros se mostraron indiferentes por completo a lo sucedido.¹⁹ Muchos, de hecho, se comportarían como el propio Macio, pues alejado de la escena política romana, sus palabras traslucen más aprehensión que parcialidad.

De hecho, los habitantes de las provincias de Roma y sus Estados clientes, muy a menudo obviados en los estudios sobre el periodo subsiguiente a los idus pero afectados de igual modo, compartirían a buen seguro los miedos de Macio. Muchos temerían que las generosas concesiones de César acabaran derogadas. Por ejemplo, sabemos que cuatro embajadores de Judea lograron audiencia ante el Senado a comienzos de abril para velar por la confirmación de una decisión cesariana ratificada el 9 de febrero del 44 a. C. pero que todavía no se había promulgado oficialmente.²⁰ En la misma línea, el reciente descubrimiento de una

inscripción ha revelado el caso de la antigua ciudad lidia de Sardes, que había incrementado los derechos de asilo de su templo de Artemisa en virtud de una decisión enunciada por César el 4 de marzo del 44 a. C. A la muerte del dictador, el privilegio todavía no había sido ratificado por el Senado, lo que sin duda preocupó a sus habitantes, que debieron de respirar aliviados cuando Antonio (que no el Senado, que nunca llegó a hacerlo) lo confirmó tiempo después.²¹ Más en general, en Oriente cundió la angustia ante un nuevo choque entre el Senado y los sucesores de César, pues, pensarán lo que pensarán los habitantes de la ciudad de Roma sobre el difunto, muchos provinciales habían encontrado más fácil y efectivo negociar sus asuntos con el dictador que con el Senado.²²

No obstante, apenas tenemos más datos contemporáneos que nos permitan reconstruir la percepción de los provinciales. Las únicas excepciones al respecto son unos cuantos pasajes de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia, finalizada el 30 a. C., y los fragmentos conservados de un texto ligeramente posterior, la biografía de Augusto redactada por Nicolás de Damasco, quien sabemos que nació en el 64 a. C., justo cuando Pompeyo integraba aquella parte del mundo en el Imperio romano.²³ Aunque Diodoro no menciona en su crónica los idus de marzo, tras relatar la destrucción de Corinto a manos de Roma en el 146 a. C., sí que alude a la decisión de César de restaurar la ciudad cien años más tarde, al hilo de lo cual, en un extenso epitafio, continúa: «sencillamente, este hombre y su elevado sentido de la justicia recibieron un aplauso generalizado [...], pues, así como sus antepasados habían tratado con dureza a la ciudad, él corrigió tales desmanes e hizo gala de su clemencia excepcional» (32.37.3).²⁴ Nicolás, por su parte, describió la muerte de César como el asesinato de un administrador hábil y concienzudo a manos de unos hombres que actuaron no tanto por sus supuestos deseos de restaurar el gobierno republicano, cuanto por la envidia que sentían ante la evidente superioridad de César.²⁵ Por fortuna, continúa Nicolás, la tragedia de los idus se compensó con el ascenso al poder del sobrino nieto de César y buen amigo del propio Nicolás, Augusto, quien desde joven igualó al dictador en su empeño por cumplir con las obligaciones de un buen monarca, intercediendo por todo aquel que lo necesitaba.

Pero regresemos a Italia y al periodo que siguió a los idus. Toda una amplia gama de datos, muchos de ellos preservados en la correspondencia de Cicerón, demuestran que muchas otras personas compartían las preocupaciones de Macio. Las habladorías se propalaban por doquier, alimentadas por un ansia por saber qué era lo que estaba sucediendo. Ya el 9 de abril, los trabajadores de la villa tusculana de Cicerón

regresaron a Roma sin los alimentos a por los que habían sido enviados, pero con «el rumor, muy extendido, de que en Roma todo el trigo es transportado a la casa de Antonio. Pánico, seguramente, pues me lo habrías escrito» (14.3.1). Las misivas de los meses siguientes incorporan una auténtica cascada de impresiones erróneas.²⁶ Y, si bien en este caso Antonio seguramente era inocente, es probable que otros prebostes sí que estuvieran acaparando cereal. Es más, el dinero también comenzó a desaparecer de la circulación,²⁷ pues, en cuanto la gente receló del estallido de una nueva guerra civil, se apresuró a ocultar (en ocasiones bajo tierra) tantas monedas como podía.²⁸ Pero si, como se suele decir, la superstición es la hija del miedo, el mejor dato del que disponemos para calibrar el estado de ánimo de la población en aquellos momentos es el enorme cúmulo de prodigios documentados en el año 44 a. C. (y, de hecho, también los dos siguientes).

Para la mentalidad romana, los prodigios eran incidentes inusuales que cabía interpretar como signos enviados por los dioses para comunicar su malestar.²⁹ Implicaban, pues, futuras amenazas. Así como los presagios solían ser de índole más personal, los prodigios eran muy visibles, ocurrían en lugares públicos o en los cielos, y se informaba de ellos al Senado porque incumbían al bienestar de toda la sociedad. De forma periódica, el colegio de pontífices se pronunciaba sobre si el Estado debía aceptar o no las noticias sobre prodigios (el canto fortuito de un mochuelo, por ejemplo, podía no contar como tal) y, en su caso, prescribía ceremonias expiatorias para aplacar a los dioses y evitar cualquier posible desastre. Mas, si se producía algún portento alarmante en particular, el Senado podía consultar también a los adivinos etruscos, los arúspices, quienes por entonces conformaban un colegio de sesenta, o quizá dieciséis, custodios de los *Libros sibilinos*.³⁰ Este, al menos, era el procedimiento oficial, aunque parece claro que, en épocas de incertidumbre política, incluyendo los estallidos de agitación social, muchas noticias sobre prodigios circulaban también de manera informal.³¹

La lista de los prodigios del año 44 a. C. es extensa. La conservamos gracias al escritor tardoantiguo Julio Obsecuente, quien se encargó de compilar año a año los prodigios acaecidos y, cuando le parecieron relevantes, los desastres que los siguieron.³² Aunque parece claro que las anotaciones de Obsecuente para la República tardía no se corresponden con las listas oficiales del Senado, tampoco es verosímil que fueran el mero fruto de su fantasía.³³ Como veremos, tenemos evidencias que avalan que algunas personas de la época decían haber presenciado algunos de los prodigios referenciados ese año 44 a. C. Es más, y aunque

esto de por sí no garantice la credibilidad de la lista, merece la pena reparar en que Obsecuente utiliza una buena cantidad de «jerga» este-reotipada sobre prodigios e incluye descripciones de fenómenos meteorológicos fuertemente pictóricas, oraciones truncadas consistentes en sujetos sin el verbo principal, una estricta atención a los lugares en los que acaecieron los prodigios, y ciertas frases comunes.³⁴

Obsecuente divide el año que denominamos 44 a. C. en dos partes para aclarar qué prodigios tuvieron lugar con posterioridad a los idus. Esta es su segunda lista:³⁵

Prodigios del 44 a. C., después de los idus

- Hubo temblores de tierra frecuentes.
- Cayeron rayos en los astilleros y en muchos otros lugares.
- Un fuerte viento huracanado quebró los miembros de la estatua que Marco Cicerón había erigido delante del santuario de Minerva el día antes de que un plebiscito le hiciera marchar al exilio: quedó tirada de bruces con los hombros, los brazos y la cabeza rotos [...].
- Las tablas de bronce del templo de la Buena Fe fueron arrancadas por el huracán.
- Las puertas del templo de Ops se rompieron.
- Muchos árboles fueron arrancados de cuajo, y derribados muchos edificios.
- Se observó un cometa desplazándose hacia el oeste.
- Una estrella brilló de forma llamativa durante siete días.
- Alumbraron tres soles, y en torno al sol más bajo resplandeció en círculo un halo parecido a una espiga, y después el sol se redujo a un solo disco y durante muchos meses su luz fue tenue.
- En el templo de Cástor se cayeron algunas letras del nombre de los cónsules Antonio y Dolabela [...].
- Delante de la residencia del pontífice máximo, se oyeron aullidos de perros por la noche [...].
- En Ostia, el reflujo de la marea dejó en seco un banco de peces.
- El Po se desbordó y al volver a su cauce dejó una enorme cantidad de víboras.

Desde luego, algunos de estos acontecimientos parecen fantásticos (los terremotos frecuentes, por ejemplo, que no se mencionan en ninguna otra de nuestras fuentes) y algunos otros podrían haber sido inventados *a posteriori* (como la desaparición de las letras del nombre

de Antonio), pero varios de ellos son lo bastante triviales como para que, en efecto, pudieran haberse verificado. Desde luego, la estatua que Cicerón le había tributado a Minerva fue derribada por el viento aquel año, tal como confirma una carta del orador.³⁶ Y también es probable que el Po se desbordara: lo hacía con tanta frecuencia que el autor de un manual romano de agrimensura describe cómo lidiar con el problema de unos linderos que nunca dejaban de modificarse por las crecidas.³⁷ Al parecer, unos acontecimientos que en cualquier otra circunstancia hubieran sido ignorados, en momentos angustiosos como estos fueron utilizados y aceptados como signos de que los dioses se predisponían a abandonar a Roma a su suerte.

En el 44 a. C., la gente comenzó a observar los cielos con ansiedad y, por una de esas extrañas coincidencias que los supersticiosos defienden, se toparon con dos fenómenos realmente singulares.³⁸ En efecto, durante los primeros meses del 44 a. C., el monte Etna, en Sicilia, entró en erupción, y lo más seguro es que se mantuviera activo durante el resto del año.³⁹ La explosión de este volcán rico en azufre, corroborada por otros datos geológicos, emitió un tipo de aerosoles ácidos sulfurosos que suelen alcanzar su pico máximo de densidad meses después de la erupción. La nube resultante pudo tardar meses en disiparse, y es probable que provocara un oscurecimiento de los cielos que concordaría con el mencionado por Obsecuente y otros autores antiguos, comenzando por Plinio el Viejo, quien asegura que el sol «estuvo permanentemente empalidecido durante casi un año entero» (*Historia natural* 2.98). Antonio también lo menciona, aunque con más dramatismo, en la carta que le envió a Hircano, sumo sacerdote y líder de los judíos, a comienzos del 41 a. C. Tras describir las actuaciones de los Libertadores tras los idus de marzo como un cúmulo de crímenes contra los hombres y los dioses (entre otras cosas, les impusieron a los judíos fuertes cargas fiscales y esclavizaron a quienes eludieron pagarlas), Antonio añade que el sol había vuelto la espalda al mundo, horrorizado, pues «incluso él observó con disgusto el repugnante crimen cometido contra la persona de César».⁴⁰

En segundo lugar, pese al oscurecimiento de los cielos, Italia también fue testigo en el 44 a. C. del avistamiento de un cometa, muy posiblemente el mismo que las fuentes astronómicas chinas documentan para ese mismo año.⁴¹ Obsecuente alude a él como «una estrella [que] [...] brilló de forma llamativa durante siete días».⁴² Los adivinos entendieron que aquel cometa era un grave motivo de alarma, pues las «estrellas cabelludas», como los romanos las llamaban, se interpretaban por

lo general como portentos funestos.⁴³ Es más, el arúspice Vulcanio, que invocó la sabiduría etrusca, llegó a afirmar durante una asamblea del pueblo que el meteoro señalaba el fin de la novena edad y el comienzo de la décima, la última estipulada para la civilización etrusca.⁴⁴ Como Macio, Vulcanio hablaba, en resumidas cuentas, del fin del mundo. Y, como para enfatizar sus argumentos sobre el paso de las generaciones, la historia continúa relatando que el arúspice anunció también que moriría en el acto, cosa que en efecto hizo.

Vulcanio, en cualquier caso, es probable que no fuera el único agorero de la época, como se puede inferir de un chiste que Cicerón le contó a su amigo Papirio Peto, un gastrónomo entusiasta y seguidor de la filosofía epicúrea que vivía en Nápoles. En una de sus cartas, Peto le reveló a Cicerón que había dejado de salir a cenar, y Cicerón, para burlarse de tan insólita abstinencia, fingió haber consultado a un adivino famoso el significado del portento: «Como había mencionado este asunto a Espurina y le había contado tu vida anterior, me respondió que la República correría un gran peligro si, por la época en que sople el Favonio, no volvieses a tus antiguas costumbres» (*Cartas a los familiares* 9.24.2). La broma desenfadada nos recuerda además que no todo el mundo se tomaba en serio los funestos presagios de los adivinos.

Ahora bien, una cosa es verificar la historicidad de ciertos eventos meteorológicos y otra muy distinta es explicar su recurrencia constante en los relatos sobre el periodo justo posterior a los idus. Tal como Paul Fussell comenta en relación a las alusiones a las flores de la literatura de la Primera Guerra Mundial, «Las rosas fueron indispensables para el trabajo de la imaginación durante y después de la Gran Guerra, pero no porque Bélgica y Francia estuvieran repletas de ellas, sino porque lo estaba la poesía inglesa, y porque desde el Medievo estas habían simbolizado a “Inglaterra”, la “lealtad” y el “sacrificio”». ⁴⁵ De igual manera, los romanos del periodo siguiente a la muerte de César (así como los historiadores posteriores) hicieron hincapié en el oscurecimiento de la bóveda celeste o en el cometa porque, desde la lógica del sistema de prodigios, estos fenómenos constituían una herramienta poderosa para describir un mundo desarticulado por completo. Puede que los prodigios fueran signos de los dioses, pero las noticias sobre ellos eran discursos elaborados por los mortales sobre su propio mundo, discursos que podían llegar a rayar en lo poético gracias al uso del lenguaje simbólico. De hecho, la única lista coetánea que conservamos sobre los prodigios que tuvieron lugar durante los meses posteriores a los idus

nos llega a través de un poeta, que al parecer no pudo resistirse a hacer su pequeña contribución a todos estos informes de acontecimientos extraordinarios.



Virgilio, que por lo que sabemos compuso sus *Geórgicas* a finales de los años 30 a. C., concluyó de forma inesperada el primer volumen de estas con un retrato de la Roma posterior al asesinato de César. Este sorprendente final, tanto más atractivo cuanto que recoge la conmoción de los idus, corona una extensa enumeración de los pronósticos que podían serles útiles a los agricultores (por ejemplo, cuando el sol tiene un halo verdoso, la lluvia es inminente):

*solem quis dicere falsum
audeat? ille etiam caecos instare tumultus
saepe monet fraudemque et operta tumescere bella;
ille etiam extincto miseratus Caesare Romam,
cum caput obscura nitidum ferrugine texit
impiaque aeternam timuerunt saecula noctem* (463-468).

Al Sol, ¿quién se atrevería a llamarlo mentiroso? En verdad es él quien con frecuencia nos advierte los ocultos tumultos que amenazan y que el engaño y las guerras fermentan en secreto. Él es también quien, extinguido César, se compadeció de Roma, cubriendo su brillante cabeza de oscura herrumbre y provocando el temor de una noche eterna a una generación impía.

Tras los idus, el sol, que todo lo ve, comprende que la guerra civil es inminente y lo advierte oscureciendo su color. Pero la «generación impía», en lugar de advertir el desastre que se le viene encima, se limita a aguardar aterrorizada la «noche eterna». El poeta recrea toda una serie de imágenes apocalípticas que, no por casualidad, los exégetas de Virgilio comparan con el relato que hizo Plinio de la erupción de otro volcán, el Vesubio, en el 79 d. C.: «Muchos rogaban la ayuda de los dioses, otros más numerosos creían que ya no había dioses en ninguna parte y que esta noche sería eterna y la última del universo» (*Cartas* 6.20.15).⁴⁶ Ahora bien, aunque Virgilio condensa los miedos milenaristas de Macio o Volcacio, en sus versos no son los ciudadanos romanos quienes

sienten compasión por su Urbe, sino el sol. Se trata de un sol mucho más amable que el que retrató Antonio en su carta a los judíos; un sol que se viste de luto por pena, y no por ansias justicieras.

Pero, para provocar todavía más inquietud, Virgilio recurre a continuación a un estilo elevado muy poco habitual en las *Geórgicas* para desgranar una extensa lista de prodigios:⁴⁷

*Tempore quamquam illo tellus quoque et aequora ponti,
obscaeque canes importunaeque volucres
signa dabant. quotiens Cyclopum effervere in agros
vidimus undantem ruptis fornacibus Aetnam
flammarumque globos liquefactaque volvere saxa!
Armorum sonitum toto Germania caelo
audiit, insolitis tremuerunt motibus Alpes.
Vox quoque per lucos volgo exaudita silentis
ingens, et simulacra modis pallentia miris
visa sub obscurum noctis, pecudesque locutae
(infandum!); sistunt amnes terraeque dehiscunt,
et maestum inlacrimat templis ebur aeraque sudant.
Proluit insano contorquens vertice silvas
fluviorum rex Eridanus camposque per omnis
cum stabulis armenta tulit. Nec tempore eodem
tristibus aut extis fibrae apparere minaces
aut puteis manare cruor cessavit, et altae
per noctem resonare lupis ululantibus urbes.
Non alias caelo ceciderunt plura sereno
fulgura nec diri totiens arsere cometae (469-488).*

Aunque en aquel tiempo la tierra y las llanuras del mar y las perras de mal augurio y las siniestras aves daban también pronósticos. ¡Cuántas veces contemplamos al Etna rebosante de fuego y humo, abiertas sus hornazas, desbordarse hirviente sobre los campos de los Cíclopes y rodar globos de fuego y rocas derretidas! La Germania escuchó por todo el ámbito del cielo el ruido de las armas; con sacudidas nunca vistas los Alpes temblaron. Una poderosa voz se dejó también oír por todas partes en el silencio de los bosques y fantasmas de palidez extraña se vieron al acercarse las tinieblas de la noche y, ¡prodigio indecible!, hablaron las bestias. La corriente de los ríos se detiene y la tierra se abre en diferentes sitios y el marfil llora en los templos

afligido, y los bronce se cubren de sudor. El Erídano, rey de los ríos, arrastra selvas que remueve en furioso torbellino, y a través de toda la llanura arrastró establos y ganados. En la misma época las fibras no cesaron de aparecer amenazadoras en las vísceras de siniestro presagio, ni de manar sangre los pozos, ni las ciudades, edificadas sobre alturas, de resonar durante la noche con el aullido de los lobos. Jamás se vieron caer en mayor número los rayos por un cielo despejado, ni tan frecuentemente brillaron los cometas funestos.

Es muy posible que el propio Virgilio ideara algunos de los portentos más angustiosos de cuantos menciona, como el de las estatuas que lloraban con lágrimas compasivas, pero otros, como el desbordamiento del Po (aludido aquí por su imponente nombre griego, Erídano, el Río del Ámbar), podrían ser auténticos. El dramatismo de su panorámica, además, queda acentuado con el uso del verbo inclusivo «contemplamos» y con la exclamación parentética «¡prodigio increíble!».⁴⁸ Se explicita así el pánico latente en listas como la de Obsecuente, que invita al lector a compartir las inquietudes de quienes vivieron una época tan prolija en noticias de perturbaciones. Mas la espeluznante fuerza del pasaje deriva asimismo de la certeza del poeta que, cuando contempla todos estos prodigios en retrospectiva, sabe que están conduciendo hacia la guerra civil. Su lista, de hecho, concluye con un lúgubre anuncio: «Por eso los campos de Filipos contemplaron por segunda vez el choque mutuo de los ejércitos romanos con iguales armas» (*ergo inter sese paribus concurrere telis / Romanas acies iterum videre Philippi*, 489-490). Virgilio presenta aquí la batalla de Filipos en el 42 a. C. como una trágica repetición de la de Farsalia, combatida seis años antes, pese a la distancia que mediaba entre ambas ciudades.⁴⁹

Y, sin embargo, ni siquiera esta panorámica virgiliana, redactada, al fin y al cabo, en retrospectiva, puede informarnos de primera mano de lo que supuso vivir aquella primavera y aquel verano del 44 a. C. Solo podemos confiar para ello en una de nuestras fuentes: las cartas de Cicerón.



De toda la literatura que describe las incertidumbres del mundo romano tras la muerte de César, ninguna otra obra resulta tan convincente.

Conservamos unas sesenta cartas dirigidas a Ático entre mediados de abril y comienzos de agosto, gracias a las cuales podemos reconstruir casi día a día las actividades de su autor.⁵⁰ Durante siglos, los historiadores (y biógrafos) han explotado esta rica cantera de datos, pero, para poder apreciar de verdad todo su valor histórico, debemos reflexionar primero sobre la propia configuración de la recopilación.⁵¹ Aunque Cicerón redactó estas cartas una a una para su amigo de la infancia sin intención alguna de publicarlas, la colección que ha llegado hasta nosotros, reunida por un editor desconocido con posterioridad a la muerte de su autor, tiene mucho de novela epistolar.⁵² Su compilador, de hecho, pese a los ocasionales lapsos cronológicos, debió de considerar que, en una secuencia como aquella, hasta la misiva de apariencia más trivial adquiriría una enorme trascendencia.

A fin de cuentas, el «yo» de una carta siempre se preocupa por situarse a sí mismo ante el «tú» al que se dirige.⁵³ Es decir, «escribir una misiva equivale a mapear las coordenadas propias (temporales, espaciales, emocionales, intelectuales) para informarle a otra persona dónde se ubica uno en un momento determinado y hasta dónde ha viajado desde el último contacto».⁵⁴ A ello se debe, por ejemplo, que los novelistas hayan recurrido a menudo a secuencias epistolares para relatar los lances de una relación amorosa.⁵⁵ Pero el género epistolar también se revela útil a la hora de recrear las pequeñas sacudidas y las convulsiones sísmicas de una crisis política activa. El editor de las cartas de Cicerón y Ático comprendió que la correspondencia de, por poner por caso, los años 49 y 44 a. C. atesoraba un relato sin parangón del desarrollo de los acontecimientos en dichos periodos.⁵⁶ Y el propio Ático también lo debió de intuir, pues guardó las cartas, como lo hizo también uno de sus amigos, Nepote, quien por cierto describió la colección epistolar que vio en la casa de Ático (que no sería la misma que conservamos hoy, como es lógico) como una *historia contexta*, una «historia proseguida» que daba cuenta de todas las *mutationes rei publicae*, los «cambios en el Estado» (Ático 16.3).

Menos certeros parecen los elogios que Nepote dedicó a la clarividencia de Cicerón: «En efecto, Cicerón no solo predijo que sucedería cuanto en efecto acaeció durante su vida, sino también profetizó, cual adivino, lo que ahora está sucediendo» (Ático 16.4).⁵⁷ Con este comentario, sin embargo, el biógrafo señalaba una de las cualidades de la correspondencia del año 44 a. C., de muchas otras de las cartas de Cicerón y, en definitiva, de numerosas misivas en general. Las cartas, si lo pensamos bien, se escriben siempre en presente, pero su

contenido ya se ha convertido en pasado cuando su destinatario las recibe, por lo que estos textos tienden a preocuparse en especial por el futuro. En consecuencia, suelen primar las «estructuras interrogativas e imperativas y los verbos en futuro» por encima de cualquier otro tipo de narrativa, colmándose estos textos de «promesas, amenazas, esperanzas, miedos, pronósticos, intenciones, incertidumbres y predicciones». ⁵⁸ Y, por supuesto, también abundan «las fechas tope, los días temidos y los anhelados». ⁵⁹ Pues bien, estas primeras cartas del 7 de abril en adelante ya cumplen todas estas pautas y evidencian que, en efecto, el género epistolar puede ser más adecuado para narrar las consecuencias de los idus que una crónica histórica redactada con la reconfortante certidumbre inherente al empleo del pretérito. En este sentido, más allá de lo que relatan las cartas de Cicerón, siempre debemos preguntarnos qué omiten, pues, al hacerlo, comprenderemos de inmediato lo mucho que conocemos nosotros en retrospectiva y lo poco que en ocasiones los propios actores históricos sabían de cuanto les rodeaba. ⁶⁰

A menudo, el elusivo empleo del presente en la correspondencia también arrastra a la reflexión sobre el pasado inmediato. ⁶¹ Así como las cartas eróticas ahondan en el último encuentro entre los enamorados y lo someten a análisis, los lectores de la correspondencia entre Cicerón y Ático se benefician del examen al que el orador somete a los acontecimientos más recientes, comenzando por el propio asesinato de César. Por ende, los recuerdos se combinan en estas cartas con las expectativas, retroalimentándose ambos a múltiples y complejos niveles.

Las cartas que Cicerón le dirigió a Ático en el 44 a. C., en todo caso, hablan de su época con una motivación añadida. Tengamos en cuenta que, a la hora de analizar cualquier intercambio epistolar, ficticio o real, debemos delimitar los imperativos psicológicos que guían el canal de comunicación. ⁶² En nuestro caso, Ático, un caballero fabulosamente rico, sentía un gran interés por la política que se llevaba a cabo entre bambalinas, para la que además estaba en especial dotado. ⁶³ Esta circunstancia le convertía en el consejero ideal para Cicerón (y, por añadidura, para muchos otros amigos), quien con sus cartas no solo pretendía mantenerse al tanto de las últimas novedades y alimentar la amistad entre ambos, sino que también buscaba su asesoramiento. ⁶⁴ En las misivas posteriores a los idus, de hecho, Cicerón se debate en la indecisión, y no debido a su naturaleza pusilánime, como defienden sus críticos, sino a la genuina dificultad de tomar cualquier decisión en unos momentos como aquellos. Y pensemos que, aunque los dilemas

de Cicerón eran los propios de un consular veterano, otras muchas personas, pertenecientes a todos los estratos de la sociedad romana, hubieron de afrontar retos comparables. Al caballero Ático, por ejemplo, le pidieron que encabezara una colecta en apoyo de los Libertadores.⁶⁵ Las disyuntivas a las que tuvieron que enfrentarse los soldados que servían en las legiones de César, como veremos, no fueron menos arduas. El populacho de Roma debió reinventarse en un mundo en el que César ya no estaba. ¿Y qué hicieron a todo esto los provinciales? Se especuló con la posibilidad de que la nueva provincia cesariana, la Galia, se rebelara, pero lo que en realidad sucedió fue que, cuando las tribus tuvieron noticia de lo que le había sucedido al dictador, enviaron emisarios para ratificar su lealtad.⁶⁶

En las páginas que siguen, citaré y discutiré algunas de las cartas remitidas a Ático entre el 15 de abril y el 24 de mayo del 44 a. C. con varios propósitos en mente. Ante todo, pretendo mostrar cómo estos documentos arrojan luz sobre una época en la que los acontecimientos políticos, o los meros rumores sobre ellos, afloraban casi a diario, mediatizando las decisiones de la gente. Los relatos históricos posteriores, como los de Apiano y Dion Casio, tienden a simplificar estos meses narrando por separado las actuaciones de Antonio y del hombre que se convertiría en su principal rival, Octaviano.⁶⁷ Juzgan las acciones de ambos en retrospectiva y, por consiguiente, minimizan la trascendencia de individuos que por entonces parecían mucho más importantes, como el cónsul Dolabela, por ejemplo, o Sexto, el hijo del difunto Pompeyo. En cambio, la correspondencia de Cicerón señala qué otras derivas podrían haber seguido los acontecimientos, lo que la convierte en un reflejo mucho más fiel de la absoluta incertidumbre del periodo.

Mi selección de cartas también debe servir para profundizar en la historia del mundo romano posterior a los idus. Por supuesto, hablamos en esencia de una historia política, pero esta resulta fundamental, al menos al principio, para hacerse una idea de quiénes serían los protagonistas de la vida pública durante los años siguientes. Además, las misivas incluyen siempre alusiones a momentos íntimos que permitirán al lector comprender cómo perturbaron los idus las vidas privadas de los individuos (incluso si hablamos de importantes estadistas) y de quienes les rodeaban. Nuestras epístolas, por ejemplo, muestran a Cicerón, a Bruto y a Ático debatiendo sobre el significado de los acontecimientos posteriores a la muerte de César a la luz de los distintos tipos de filosofía griega que los tres estudiaban. Y nuestros textos nos permiten entrever,

asimismo, algunos retazos de una Atenas más despreocupada, en la que el hijo de Cicerón, Marco, que en teoría permanecía allí para estudiar esa misma filosofía, permanecía en apariencia ajeno a las convulsiones provocadas por los idus.



1. 15 DE ABRIL - MARCO HIJO

Un mes después del asesinato, Cicerón recibió por fin una buena noticia. Un año antes, había enviado a su único hijo, de apenas veinte años, a Atenas, la antigua capital imperial que ahora tenía el dudoso honor de funcionar como una especie de universidad para los vástagos de las familias más ricas de Roma. Asegurándose siempre de cumplir con lo que de él se esperaba, Cicerón le había concedido además a Marco hijo una espléndida asignación. Su retoño, por desgracia, parecía tener menos interés en los libros que en los banquetes, en los que por cierto también era versado su maestro. Ático, con su sensatez de siempre, le había recomendado a Cicerón que le recortara la pensión a su hijo, pero el orador se había negado en redondo a que su heredero pareciera un andrajoso. Dadas las fastuosas habitaciones en las que vivía el joven, sus esclavos y sus libros, nadie diría que su padre procedía de Arpino, y así debía ser. A fin de cuentas, Cicerón no había enviado a Marco a Atenas solo para que aprendiera filosofía. También había sido una cuestión de estatus.

Pues bien, la carta que Cicerón acababa de recibir de su hijo estaba tranquilizadamente «dotada de una pátina clásica y una aceptable extensión». Tenía, por decirlo de alguna manera, el lustre que uno esperaría encontrar en un buen bronce antiguo. «Lo demás puede incluso inventarse: la pátina del estilo es indicio de que está más instruido». La misiva mitigó también algunas de las preocupaciones de Ático. «Ahora te pido encarecidamente algo sobre lo que hace poco te he hablado: mira por que no le falte nada». Con todas las conexiones que tenía en Atenas, no le sería difícil a Ático mantener a Marco bien pertrechado de fondos. Aunque la situación podía cambiar, claro está: dada la coyuntura política, podría ser prudente que el padre de Marco abandonara Italia durante un tiempo. «En todo caso, si vuelvo a Grecia en julio, todo resulta más fácil; mas, como los tiempos que corren impiden estar seguro de lo que es para mí honorable, permisible o

conveniente, ocúpate, te lo ruego, de que velemos por mantenerlo con la máxima honorabilidad y desahogo». ⁶⁸

2. 16 DE ABRIL - CLEOPATRA

Al menos, también se había ido ya la Reina. Así era como Cicerón se refería siempre a ella, un detalle revelador de hasta qué punto era inusual para un romano tratar con una mujer gobernante. En cualquier caso, la apuesta que Cleopatra había hecho cuatro años antes había dado sus frutos. En ese periodo, se había hecho con el trono egipcio (que compartía con uno de sus hermanos menores, con el que se había casado de acuerdo con las costumbres ptolemaicas) y había dado a luz un hijo (que no era de su hermano sino de César, según ella). César la había invitado a permanecer en Roma, donde sin embargo no se la había recibido con excesivo entusiasmo. Más tarde, Cicerón le confesaría a Ático lo siguiente: «En cuanto a la soberbia de la propia Reina cuando estaba en sus jardines al otro lado del Tíber, no puedo recordarla sin gran sufrimiento». La descortesía de uno de sus subordinados, desde luego, no ayudaba: «Aparte de persona abominable, he comprobado que es insolente conmigo. Lo he visto tan solo una vez en mi casa; como le pregunté amablemente qué le hacía falta, me dijo que buscaba a Ático». ¡Qué descaró! Y, para empeorar las cosas, los egipcios no eran precisamente gente de fiar. Amonio y la Reina habían faltado a sus promesas; ninguna importante, añade con vehemencia el orador: «las promesas eran eruditas y adecuadas a mi dignidad».

Por todo ello, el comentario que Cicerón le dirige a Ático el 16 de abril no resulta llamativo: «No me inquieta la huida de la Reina». Pero lo que sí que sorprende, y los historiadores modernos no han logrado explicar todavía de manera convincente, es que Cleopatra, desaparecida ahora de los jardines del otro lado del Tíber, hubiera optado por permanecer en Roma durante varias semanas tras la muerte de César (si se hubiera ido antes, a buen seguro Ático y Cicerón se hubieran enterado). Es posible que en ello tuviera mucho que ver la sesión que el Senado celebró el 11 de abril, ya mencionada antes, en la que se confirmaron los privilegios que César les había concedido a los judíos. Puede que por aquellas mismas fechas Cleopatra pugnara por ver ratificado el estatus de «Amigos y Aliados del Pueblo de Roma» que César les había otorgado a ella y a su hermano. Una vez conseguida (o no) esta validación, la reina abandonó Roma sin tardanza. ⁶⁹

3. 22 DE ABRIL - ANTONIO

Aunque la correspondencia de Cicerón no lo menciona, el asesinato de César hizo que Antonio se creyera en peligro. Esta preocupación condicionó sus actuaciones políticas a partir de la reunión del 17 de marzo, y explica, por ejemplo, que cortejara a los veteranos de César confirmando sus asignaciones de tierras y, al menos al principio, también al pueblo de Roma, lo que no le impidió tratar de mantener también una buena relación con los miembros del Senado, incluidos los Libertadores (y, de entre ellos, sobre todo con Bruto). La cuestión, en todo caso, es la siguiente: ¿codiciaba algo más en su fuero interno? A sus cuarenta años, y tras destacar como uno de los mejores generales de César, en los meses anteriores a los idus su manera de actuar ya había desconcertado a los romanos: a fin de cuentas, cuando le ofreció una corona a César durante las Lupercales, ¿pretendía desacreditar al dictador, o se trató de una argucia concertada antes entre ambos? Y, ahora, tras los idus, ¿la abolición de la dictadura había sido un gesto de genuino republicanism o de hipócrita contemporización?

Por su parte, Cicerón comenzaba a creer que Antonio se convertiría en el auténtico sucesor de César. Lejos de restaurar de pleno los poderes del Senado y el pueblo de Roma, el cónsul parecía estar pergeñando todo tipo de decretos, que acto seguido convertía en leyes aduciendo que respondían a las anotaciones que César había dejado por escrito antes de morir. La última normativa concernió a los sicilianos, que siempre le habían sido leales a Cicerón desde que este había enjuiciado al codicioso gobernador Verres. Ahora, pensaba Cicerón con envidia, sería Antonio quien se convertiría en su patrón.

Sabes cuánto aprecio a los sicilianos y qué honrosa considero su clientela: mucho les dio César sin que yo lo desaprobe [...]. Pues he aquí que Antonio, tras recibir una gran cantidad de dinero, ha promulgado una ley «propuesta por el dictador a los comicios» en virtud de la cual ¡los sicilianos [son nombrados] ciudadanos romanos!, cosa que no se mencionó jamás en vida de aquel.

Con la consternación típica de las cartas de este periodo, Cicerón (que oficialmente intentaba todavía mantener unas buenas relaciones con Antonio) le escribió a Ático desde Puteoli: «Temo que a

nosotros los idus de marzo no nos hayan dado más que la alegría y la compensación de nuestro odio y sufrimiento. ¡Qué cosas me llegan de ahí [de Roma]!, ¡qué cosas veo aquí! “¡Oh acción hermosa, pero inacabada!”». ⁷⁰

4. 22 DE ABRIL - OCTAVIANO

El joven lo complicó todo. Imprevisiblemente, César había nombrado su principal heredero a Cayo Octavio, un muchacho de dieciocho años procedente de Velitrae, un pueblecillo de los montes Albanos cercano a Roma, próximo a la calzada principal y «conocido únicamente por su vino y sus caracoles». Sus orígenes eran bastante modestos, pues su padre había sido el primer miembro de la familia en acceder al Senado. Sin embargo, la madre de Octavio era Atia, una sobrina de César, y parece ser que este último, falto de un hijo varón de su matrimonio con Calpurnia, estuvo más que dispuesto a aceptar a su sobrino nieto como heredero, o incluso, llegado el caso, como sucesor propiamente dicho. Cuando le llegó la noticia del asesinato de César, de hecho, Octavio se encontraba en Apolonia, en la costa occidental de la península balcánica, ultimando junto a su tío los preparativos para emprender una campaña contra los partos. De inmediato regresó a Italia, donde recibió las primeras noticias del testamento de César e, inmediatamente después, las primeras cartas de su siempre ansiosa madre y de su padrastro Marcio Filipo aconsejándole que renunciara a una herencia que, recordemos, implicaba asumir el nombre de César y, según parece, convertirse en su hijo adoptivo póstumo.⁷¹ Octaviano, sin embargo, escribió a su padrastro para anunciarle que estaba decidido a aceptarla, a vengar la muerte de su tío abuelo y a convertirse no solo en su heredero, sino también en su sucesor.⁷²

Tras una breve y decepcionante visita a Roma, hacia el 18 de abril Octavio (u Octaviano, como los especialistas modernos prefieren llamarle ahora, con independencia de que él, astutamente, comenzara a utilizar su nuevo nombre mágico, «César») había llegado ya a Nápoles y se había reunido con Balbo, quien a continuación le había transmitido a Cicerón la decisión de Octaviano de aceptar la herencia.⁷³ Balbo, cuya pericia financiera le había convertido antaño en uno de los consejeros más eficaces de César, se mantenía por entonces junto a Hircio y Pansa, también ellos fieles aliados de César y designados ambos para detentar el consulado al año siguiente. Pese a sus conexiones con el dictador, los tres hombres parecían favorecer, al menos en aquellos momentos, la política conciliatoria

de Antonio. O, al menos, ninguno de ellos le dijo nada a Cicerón sobre la necesidad de vengarse de lo sucedido en los idus.

Muy diferente, y por ende preocupante, fue la charla que el orador mantuvo en la casa de Filipo, donde se encontró con el hijastro de este, Octaviano. «Aquí con nosotros, de forma sumamente respetuosa y amigable, [está] Octavio». El joven, soberbio y enfermizo aunque deferente y nada feo, representaba la antítesis de Antonio. El día anterior, Cicerón le había escrito a Ático: «totalmente entregado a mí». Cicerón no parecía comprender del todo las intenciones del muchacho, y estaba mucho más inquieto por las de quienes le rodeaban.

Los suyos ciertamente lo saludan llamándole César; Filipo no, de modo que yo tampoco. Digo que no puede ser un buen ciudadano, de tantos como lo rodean, los cuales, por cierto, amenazan de muerte a los nuestros y afirman que esta situación no se puede tolerar. ¿Qué te parece cuando el muchacho llegue a Roma, donde nuestros Libertadores no pueden vivir seguros?

Cuando el joven regresara a la Urbe, como Ático ya había pronosticado que sucedería, se produciría a buen seguro una pugna con Antonio que podría acabar con la frágil paz reinante.⁷⁴

5. 26 DE ABRIL - SEXTO POMPEYO

Así como César había designado en su testamento a un heredero que, como mínimo, llevaría su nombre, Sexto, por entonces veinteañero, se había convertido de manera natural en el heredero de la causa de su padre. Y también él deseaba venganza. Sus propiedades familiares en Italia habían sido confiscadas, su hermano había resultado capturado y ejecutado el año anterior, y él mismo permanecía fuera de la ley. Sin embargo, sus fuerzas rebeldes volvían a prosperar en Hispania, sobre todo desde que en las provincias se había sabido del asesinato de César. Los historiadores posteriores sabemos que, a la postre, Sexto terminó desempeñando un papel secundario en Roma durante los meses que siguieron a los idus, pero en aquellos momentos el joven parecía representar una grave amenaza para la paz.⁷⁵ Cicerón, por ejemplo, se dice preocupado por este asunto en varias de las cartas que le dirige a Ático. «Aguardo con gran expectación lo que harán los galos, los hispanos, Sexto».

Y, sin embargo, en el caso de que Sexto desencadenara una guerra civil, Cicerón pensaba que habría que alinearse de su lado. El único otro sostén militar al que los Libertadores podían aspirar era el del conspirador Décimo Bruto, que se acababa de poner al frente de dos legiones en la Galia Cisalpina, cumpliendo con el gobierno provincial que César le había encomendado antes de su muerte.

En efecto, aun cuando tú me has escrito grandes cosas que me encantan sobre la llegada de Décimo Bruto junto a sus legiones (en él veo la máxima esperanza), sin embargo, si va a haber una guerra civil (que ciertamente habrá si Sexto se mantiene en armas; y se mantendrá, estoy seguro), ignoro qué debemos hacer.

La neutralidad, pensaba Cicerón, ya no era una opción:

A cualquiera que esta partida de bribones considere contento con la muerte de César (contento que por otra parte todos hemos mostrado muy a las claras) lo tendrá en el número de sus enemigos; y eso abre la perspectiva de una gran matanza. Solo queda que nos dirijamos al campamento de Sexto o, si acaso, al de Bruto, acción odiosa e inadecuada a nuestra edad, con la incertidumbre del resultado de la guerra [...]. Pero esto, allá el azar, más poderoso en tales cosas que la razón.⁷⁶

6. 28 O 29 DE ABRIL – ANTONIO

Antonio continuaba dando problemas. Ático acababa de escribir a Cicerón que, el 1 de junio, Antonio impulsaría una moción en el Senado para transferirse a sí mismo el gobierno de las Galias Cisalpina y Cabbelluda para el año siguiente, en lugar del de Macedonia, que es el que ya se le había asignado. Nos encontramos, sin duda, ante uno de esos «días terribles» mencionados tan a menudo en las cartas que contribuyen a dar coherencia a la colección. De aprobarse la iniciativa, Décimo Bruto tendría que cederle sus legiones y Antonio se haría también con las fuerzas estacionadas en los Alpes, aún mayores. Es más, violando de forma flagrante una de las auténticas leyes de César, Antonio pretendía que su gobierno provincial se extendiera más allá de los dos años. «¿Se podrá votar libremente? –se preguntaba Cicerón–. Si se puede, me

Un estadista entre soldados



alegraré de que se haya recuperado la libertad; si no se puede, ¿qué me aportaría a mí ese cambio de dueño excepto la alegría que se llevaron mis ojos con la justa muerte del tirano?».

El pasaje es un buen ejemplo del tono que marcará la correspondencia de Cicerón a partir del 44 a. C., tan colmada de preocupaciones que estas se van sucediendo una detrás de otra sin apenas permitir un respiro para el análisis. Aunque es muy posible que la misiva de Ático incluyera sus propias suposiciones sobre los motivos que habrían impulsado a Antonio a dar tan trascendental paso, la pérdida de sus cartas nos obliga a nosotros a hacer nuestras propias interpretaciones. Algunos autores piensan que Antonio podía estar preocupado ante la nueva amenaza que representaba Octaviano, pero en estos momentos es probable que temiera todavía más a Sexto Pompeyo.⁷⁷ Además, lo más seguro es que pretendiera hacerse con tantas tropas como pudiera antes de que la guerra estallara por ese u otro motivo. De hecho, sabemos que unos días antes Antonio ya había abandonado Roma para comenzar a reclutar en las colonias de veteranos cesarianos del sur de Italia. Y también que, al menos según Ático, administraba el tesoro del dictador (almacenado en el Templo de la Abundancia) como si fuera suyo.

En lugar de reflexionar sobre todo esto, no obstante, Cicerón sintetiza la coyuntura con un epigrama en el que da rienda suelta a la frustración: «Sí, hemos sido liberados por unos hombres excepcionales, y no somos libres».⁷⁸

7. 1 DE MAYO - DOLABELA

¡Oh, mi maravilloso Dolabela! Pues ya le digo mío; antes, créeme, tenía mis dudas. La cosa realmente merece un análisis a fondo: ¡desde lo alto de la Roca!, ¡a la cruz!, ¡quitar la columna!, ¡sacar a concurso la pavimentación de aquel lugar! ¿Qué quieres que te diga? Heroico.

Esta fue la primera noticia buena de verdad que Cicerón recibió en toda la primavera. En las caóticas horas que siguieron al asesinato de César, el apuesto Publio Cornelio Dolabela, de quizá unos treinta años, fue el único en Roma que logró mantener la sensatez. Elegido por el dictador para ocupar el asiento consular que quedaría vacante en cuanto comenzara la gran campaña oriental, Dolabela se presentó en el Foro vestido con sus atuendos consulares y acompañado de lictores.

En las semanas que siguieron, había cooperado con Antonio, pero, en cuanto este se ausentó de Roma, parece que Dolabela comenzó a seguir su propia agenda. Derribó el altar y la columna que marcaban el lugar en el que había ardido la pira de César, y crucificó o mandó arrojar desde la Roca Tarpeya a quienes allí se congregaban. «Me parece que ha arrancado la simulación de añoranza que serpeaba día a día».

Cicerón continuó elogiando a Dolabela durante los días siguientes, tanto en las cartas que le enviaba a Ático como en las que le dirigió al propio Dolabela. Una vez más, sin embargo, el orador no se detuvo a reflexionar sobre cuáles podían ser las motivaciones que movían al nuevo cónsul, y ello pese a que tenía buenas razones para adivinar la más acuciante de todas ellas: Dolabela, pese a pertenecer a una antigua familia patricia, estaba casi arruinado y debía grandes sumas a varios acreedores, entre los que se contaba el propio Cicerón. Por ello, cuando comenzó a valorarse la posibilidad de extender el mandato provincial de Antonio durante cinco años, Dolabela seguramente decidió que él mismo necesitaba un privilegio similar si quería reunir una cantidad de botín suficiente en la provincia que se le había asignado, Siria, donde habría de dirigir la campaña que César había planificado contra los partos. Así pues, para él dejó de ser crucial contar con el apoyo de la *plebs urbana* y en cambio trató de aproximarse al Senado, que era quien tenía la prerrogativa de extender su mandato. Puede, de hecho, que intentara congraciarse en particular con el miembro más elocuente de la Cámara, Cicerón, con quien estaba a punto de retrasarse en el pago de un préstamo.⁷⁹

8. 2 DE MAYO - MARCO HIJO

Cicerón escribió a Ático desde la embarcación en la que se dirigía hacia la casa de su amigo Peto, en Nápoles, donde pensaba dar buena cuenta de un gran plato de «pescado salado con queso de nuestro Peto». Las gestas de Dolabela todavía le rondaban en la cabeza. Bruto no tardaría en poder regresar a Roma para pasearse por el Foro entre aplausos. Pero ahora el orador tenía otros problemas de los que ocuparse, comenzando por las últimas noticias procedentes de Atenas: Leónidas le decía por carta a Cicerón que el desempeño de su hijo Marco estaba siendo satisfactorio «por el momento». «Ansío salir corriendo a Grecia, una vez haya satisfecho por completo a Bruto. Es de un gran interés para Marco, o más bien para mí, o, por Hércules, para uno y otro, que yo intervenga en sus estudios».⁸⁰

9. 8 DE MAYO - MARCO BRUTO

«Pero cuando estaba reanimado de mi gran desesperación gracias a la proeza (tal nombre le aplicas) de Dolabela, ¡hete aquí la carta de Bruto y la tuya!». Bruto, de carácter firme y austero, inspirado a partes iguales por la filosofía platónica y la tradición romana, había demostrado un inigualable coraje al acabar con el tirano. Pero, por desgracia, su templanza no había estado a la altura y, de no haber sido por la gallarda intervención de Dolabela, pensaba Cicerón, todo se hubiera perdido. Si el orador hubiera reflexionado un poco más, empero, seguramente hubiera comprendido que Bruto nunca confiaría en un hombre que había usurpado el consulado de una forma tan flagrante. Para Bruto, aquella no era la antigua Roma; o, al menos, no era un Estado en el que se pudiera vivir de acuerdo a las enseñanzas de su propio tratado *Sobre la virtud*. «Él proyecta el destierro; yo, en cambio, veo otro puerto más accesible a mi edad; al cual, por cierto, preferiría arribar con nuestro Bruto en pleno vigor y la república bien asentada». Si el platonismo de Bruto recomendaba el exilio, Cicerón estaba pensando aquí en un desenlace mucho más estoico. Por primera vez, el orador menciona en su correspondencia con Ático una idea que se convertirá en recurrente en las misivas siguientes: la terrible posibilidad de que la muerte sea la única solución viable a todos sus problemas. «Mas ahora, ciertamente, como tú escribes, ni lo uno ni lo otro. Pues estás de acuerdo conmigo en que nuestra edad siente aversión por los campamentos, especialmente de guerra civil».⁸¹

10. 11 DE MAYO - ÁTICO

El cognomen de Tito Pomponio, Ático, derivaba de su pasión impercedera por Atenas y por la cultura griega en general. En su momento, había cambiado las calles de Roma por los pórticos de la ciudad helena para escapar de los enfrentamientos entre Sila y los partidarios de Mario, y no había regresado a la Urbe en casi veinte años. Durante su estancia, había estudiado y se había convertido en un fiel defensor de la filosofía epicúrea, que Cicerón rechazaba de plano. Las enseñanzas del Jardín, en cualquier caso, no hicieron sino reforzar la animadversión que Ático había experimentado siempre hacia las intensas relaciones emocionales y la competitividad que entrañaba toda carrera política. Y, según pensaba Ático, había llega-

do la hora de que también Cicerón comenzara a poner en práctica algunas de estas enseñanzas.

«¿Mencionas a Epicuro y te atreves a decir “no hagas política”? ¿No te disuade de ese discurso la carita de nuestro Bruto?».

Había que hacer algo, razonaba Cicerón, para socorrer a su amigo común, y estaba convencido de que en el fondo Ático pensaba lo mismo. Desde luego, la situación de Bruto era preocupante. «En cuanto a tu exhortación a que me ponga a reflexionar sobre lo que a mi juicio han de hacer esos, los planes son cosa de las circunstancias, que ves cambiar por horas». Había que tener en cuenta las actuaciones de Dolabela. Y no había que olvidarse del joven Octaviano. A comienzos de mes, este último había regresado a Roma y había emprendido una larga pugna para conseguir que su adopción fuera ratificada de manera oficial. Además, al parecer iba a intervenir en público durante una asamblea popular que presidiría el tribuno Lucio Antonio, hermano del cónsul. Cicerón ansiaba tener noticia sin tardanza de «qué clase de discurso pronunció». ⁸²

11. 11 DE MAYO - ANTONIO

[Balbo] contaba los planes de Antonio: va a rondar a los veteranos para que sancionen las medidas de César y juren que las llevarán a efecto y para que todos guarden sus armas y los duóviro los inspeccionen todos los meses.

La noticia alentó aún más las elucubraciones que comenzaban a hacerse recurrentes en la correspondencia del periodo. «A mí no me cabe duda de que la situación se orienta hacia la guerra. En efecto, esta acción se ha realizado con alma varonil, pero con planificación infantil; ¿quién, en efecto, no fio esto: que se dejaba un heredero del reino?». Antonio, al que aquí el orador consideraba el «heredero» de César (en lugar de a Octaviano), estaba reuniendo un ejército. Sexto también tenía el suyo. Y Décimo Bruto contaba con dos legiones y podía reclutar todavía más hombres en las populosas ciudades de la Galia Cisalpina. El choque parecía inevitable.

«Yo debería leer muchas veces el Catón el Mayor que te mandé». Cicerón se refiere aquí a *Sobre la vejez*, un tratado ético sobre cómo sobrellevar mejor los achaques de dicho periodo de la vida, comenzando por la consciencia de la inminencia de la muerte. «La vejez me hace más acerbo; todo me produce irritación. Pero yo ya viví mi vida; allá los jóvenes». ⁸³

12. 18 DE MAYO - OCTAVIANO

«Respecto al discurso de Octaviano ante el pueblo, siento lo mismo que tú». Al parecer, ni a Cicerón ni a Ático les agradaron mucho sus palabras. Y menos optimistas eran aún respecto de los juegos en honor de Venus Madre que el joven estaba organizando para finales de julio. César había creado aquel festival para enfatizar la pretensión de su familia de descender de la diosa. Y ahora Octaviano era un César, por lo que también podía sacarle partido a tan distinguida genealogía, pero además proyectaba presentar el festival como unos juegos funerarios en honor a su «padre». A fin de cuentas, así como César había utilizado aquel tipo de festejos para ganarse al populacho, Cicerón se temía que Octaviano albergara propósitos semejantes. «El aparato de sus Juegos, y Macio y Póstumo como procuradores, no me gustan».

Así que Macio, a la postre, no pensaba mantenerse al margen. Cada vez estaba más claro que tanto él como algunos otros amigos de César insistirían en honrar la memoria del dictador, pretensión que, como bien sabía Cicerón, desembocaría de forma ineludible en un deseo de venganza y, en última instancia, en el estallido de una nueva guerra civil. En los meses que siguieron, además de los juegos, de los discursos públicos y de las monedas acuñadas con la efigie del dictador, toda una cascada de escritos comenzaría a reconsiderar la figura del difunto César. Hircio, por ejemplo, completaría los comentarios de César sobre la Guerra de las Galias prolongándolos hasta el final de la campaña, ocasión que aprovecharía para recordar lo mucho que «nuestro César» había favorecido al Imperio. Hircio, de hecho, le dedicaría su crónica a Balbo, quien había insistido (según el propio Hircio) en la necesidad de completarla, y que a su vez también escribiría sobre el dictador fallecido y sobre un oráculo que había pronosticado que la venganza por su asesinato acarrearía «grandes desastres para Italia».⁸⁴ Ya en mayo, por su parte, Bruto estaba ultimando la versión escrita del discurso que había pronunciado dos días después de los idus, y que Cicerón pensaba que carecía de garra. Y Salustio tampoco tardaría en redactar unas célebres páginas sobre César en su crónica acerca de la conspiración de Catilina.

Ático, mientras tanto, se alejaba de sus camaradas epicúreos como Saufeyo para reconfortarse en el estoicismo de la primera *Tusculana* de Cicerón, en la que se argumentaba que no tenía sentido temer a la muerte. Y es que, como sostenía el orador, «no hay refugio mejor ni más a mano».⁸⁵

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Una obra histórica auténticamente sobresaliente».

The Times Literary Supplement

En abril del año 44 a. C., Cayo Octavio, un joven de dieciocho años, desembarcaba en Bríndisi y reclamaba la herencia y el nombre de su tío abuelo, Cayo Julio César. Tres lustros después, este *puer*, este «chaval», como despectivamente lo motejara Cicerón, era el amo de Roma, tras derrotar primero a los asesinos de César, después al hijo de Pompeyo el Grande y, por último, a Marco Antonio y a la reina egipcia Cleopatra. En el proceso dismanteló la República, adoptó el nuevo nombre de Augusto y pasó a convertirse en el gobernante único de un imperio que abarcaba todo el Mediterráneo.

El legado de César relata de un modo apasionante la época del segundo triunvirato y el ascenso al poder de Augusto, para lo que bebe de un variado caudal de fuentes –literarias, arqueológicas, iconográficas, numismáticas, epigráficas...– pero va mucho más allá de la narración y el análisis de las intrigas políticas y las sangrientas guerras civiles, ya que nos pone en la piel de las experiencias, padecimientos y esperanzas de los hombres y mujeres que vivieron aquel tiempo convulso. Un tiempo en el que los ciudadanos de Roma y sus provincias llegaron a aceptar una nueva forma de gobierno y encontraron formas de celebrarlo, pero en el que también lloraron, en obras maestras de la literatura y en historias transmitidas a sus hijos, por las terribles pérdidas sufridas. Osgood escribe historia antigua con un pulso y una empatía que rompen el immaculado mármol con el que imaginamos a Augusto y su época, para descubrir la humanidad que la habitó, a la que podemos comprender y compadecer.

ISBN: 978-84-124964-7-5



9 788412 496475

P.V.P.: 28,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**